La indumentaria sefardí en el Norte de Marruecos. El tocado y la ropa de cada día

JOSÉ MANUEL FRAILE GIL

Para Susana Weich,
con quien tanto he compartido

RESUMEN

Cuando en 1492 los judíos fueron expulsados de España, cruzaron muchos el Estrecho de Gibraltar para colocarse bajo el amparo del sultán de Marruecos, que tenía entonces su corte en Fez. A la población judía existente ya en el Norte de África —de lengua y cultura árabe o bereber— se añadió entonces el grupo de los sefardíes, que conservaron el español como lengua coloquial y muchos usos y costumbres de origen peninsular. La indumentaria de este grupo tuvo un carácter propio que debió formarse a partir del sustrato hispánico anterior a la expulsión, y que fue modificándose lentamente por la influencia del entorno árabe y por la severa legislación musulmana que obligaba a estos hombres a vestir siempre de negro.

Palabras clave: Indumentaria, Cultura sefardí, Marruecos, Ritual, Vida cotidiana

SUMMARY

When the Jews were expelled from Spain in 1492, many of them crossed the straits of Gibraltar to live under the protection of the Sultan of Morocco, whose court, at the time, was in Fez. The existing North African Jewish population —of Arabic and Berber language and culture— increased by the arrival of the Shephardic Jews who kept Spanish as their conversational language as well as many customs originating in the Iberian peninsular. The clothing of this group had a particular character due partly to its development from Hispanic roots before the expulsion and partly to its gradual evolution amidst the surrounding Arabic influence and the strict Muslim laws compelling the men to always dress in black.

Key words: Clothing, Sephardic culture, Morocco, Ritual, Daily Life.

Como consecuencia del decreto de expulsión que Isabel y Fernando firmaron el día 31 de marzo de 1492, la grey hebrea partió de España llevando consigo el tesoro de su memoria, de sus tradiciones y del bagaje cultural que durante siglos habían elaborado en la Sefarad que tanto

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

amaron. Ni oro ni plata sacar pudieron y, malvendiendo el patrimonio familiar, compraron las pobres bestias de desecho que les vendían, y sobre las que alcanzaron las fronteras y los puertos desde donde desparramaron sus personas y sus saberes por el mundo entonces conocido. Muchos fueron a Portugal y, bautizados por la fuerza, llevaron luego su criptojudaismo a los Países Bajos y desde allí hasta el Imperio Turco, donde se reencontraron con otros hermanos que desde las costas levantinas habían llegado a la misma meta. Sabemos que allí el sultán otomano les acogió con agrado y aún se preguntó cómo los reyes de España habían echado de sus reinos a aquella gente tan laboriosa.

Pero otro grupo importante cruzó el Estrecho de Gibraltar y desde la desembocadura del Río Martín se internó y asentó en lo que es hoy Marruecos.

A esos sefardíes dedicaremos estas líneas sobre la indumentaria que portaban estos judíos cuando los españoles del periodo isabelino desembarcaron en África allá por el año 1859, vestimenta cuyo germen acaso estaba ya en el atuendo que los expulsados sacaron de España. En efecto, en el Cancionero de aquel ingenioso converso que fue Antón de Montoro encontramos ya citadas a mediados del siglo XV unas coplas salpicadas con las prendas que acabarán siendo para nosotros muy familiares. Dicen así:

> Serenísimo señor
> que los estados henchís:
> capa, sayo y jubón
> cuestan mil maravedís;
> çarahueles, borzeguís,
> bonete, cuestan dozientos;
> gran señor, no son dos cuentos
> por eso, ved qué dezís[1].

A partir de este posible referente hispánico, aquellas prendas debieron ir tiñéndose con los caracteres locales e incorporando signos distintivos que, combinados con los propios, acabarían conformando lo que podemos denominar indumentaria tradicional de los judíos sefardíes del

[1] Antón de Montoro (¿1404-1480?), nacido probablemente en el pueblo cordobés del que tomó el nombre, fue, además de poeta, sastre y ropero, profesiones harto frecuentes entre los hombres de su estirpe. Sus composiciones serias quedan muy por debajo de las burlescas, pero impresionan sobre todo sus coplas a la Reina Católica ante el asalto de la judería cordobesa. Las que aquí citamos son las que dedicó a un prior, y llevan el número XXXIV. Edición a cargo de Marcella Ciceri y Julio Rodríguez Puértolas. Universidad de Salamanca. Salamanca, 1991.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

Norte de Marruecos. Cronológicamente voy a trabajar con un periodo de tiempo para cuyo estudio dispongo de testimonios orales —muchos ya de segunda o tercera mano— y, por vez primera, de la fotografía, que desde 1860 vino a levantar acta notarial de la vida que llevaban por entonces nuestros antepasados. Esta franja de tiempo comprende un intervalo de cien años que se inicia hacia 1850 y que se oscurece a mediados del siglo XX, cuando —coincidiendo con la Independencia de Marruecos en 1956— desaparecen los últimos ancianos portadores de aquella vestimenta. En tan extenso periodo de tiempo hubo, claro está, variaciones y cambios de los que hablaremos, pero el objetivo de estas líneas es pintar a grandes rasgos el aspecto que nuestros compatriotas judíos debieron pasear por las *calejas*[2] y zocos de Tetuán, Tánger o Arcila, durante las diez décadas que hemos prefijado.

Conviene repasar primero los testimonios de aquellos viajeros que conocieron *de visu* la presencia y el aspecto de los hombres y mujeres que ahora nos interesan. De sus descripciones podremos entresacar preciosos detalles que, por la temprana fecha de su redacción, vienen a completar lo recogido por los investigadores en los últimos tiempos. Las primeras noticias sobre los judíos de berbería, recogidas casi en el perio-

---

[2] *Calejas* es sinónimo de calle estrecha y tortuosa, al estilo de las que conforman las viejas juderías norteafricanas y la almendra central de nuestras ciudades medievales; tiene su equivalente en la palabra *calle*, en su apócope *cal* y en el término *calecho*, que en el astur-leonés significa camino accidentado. *Caleja* es un vocablo propio del habla coloquial sefardí, usado tanto en el extremo oriental del Mediterráneo como en el hábitat norteafricano. El dialecto de los sefardíes instalados en el Norte de Marruecos se denomina *jaketía* y de él tomaremos muchos vocablos que sirven para designar prendas actitudes o adjetivos, a veces carentes de traducción exacta al castellano; irán siempre en cursiva, al igual que los párrafos que reproducen citas orales del habla coloquial. Sobre este tema pueden consultarse, por orden cronológico de aparición, las obras de Benoliel (1977); Bentes (1981); Lévy (1992), el título de esta obra expresa una exclamación nostálgica, algo parecido a *¡Oh, aquellos tiempos...!*; Bendayán (1995) y Cohen (2000). Este último se acompaña de un CD con una excelente pronunciación que la autora ha registrado también en una serie de casetes donde desarrolla varios argumentos relacionados con la vida en el Tánger internacional. Respecto a la transcripción fonética de los términos en *jaketía* y del habla local en los párrafos correspondientes a las entrevistas con los informantes, he procurado utilizar el castellano normativo con algunos signos diacríticos —cuando he podido encontrarlos en el ordenador— que acerquen lo escrito al sonido que yo conservo en la oreja. Además en la transcripción de los términos no se indica la frecuente sonorización (predorsodentoalveolar fricativa sonora [z] de s y z (y ce, ci) cuando resulta de su posición intervocálica o delante de m y d. En los otros casos es regla común el seseo, así como el yeísmo (pronunciando la ll como y); aunque a veces se pronuncie como i latina: *gaina* por *gallina*, y cuando va a comienzo de palabra como l: *levar* por *llevar*.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

do cronológico que nos interesa, las encontramos en la obra de Borrow, aquel *don Jorgito el Inglés* que vino a España entre los años 1836-1840 para divulgar las Sagradas Escrituras. Arribó a la Península por el puerto de Lisboa, y allí conoció a un grupo de judíos que, sin ser portugueses, señalaban hacia el Suroeste de allende el mar cuando les preguntaban por su lugar de origen: "En la parte baja de las calles del Oro y de la Plata de Lisboa, puede verse a diario cierta caterva de hombres de extraña catadura, que no parecen portugueses ni europeos. Congréganse en pequeños grupos junto a las columnas de la calle a eso del mediodía". Borrow, como buen inglés, tenía una idea muy elevada de los judíos portugueses. Distinguía además entre los askenazíes y los sefardíes:

> Los judíos de Europa están al presente divididos en dos clases o sinagogas, como las llaman algunos: la portuguesa y la alemana. La más famosa de las dos es la portuguesa. A los judíos de esta clase se les considera generalmente más civilizados que los otros, mejor educados y más profundamente versados en la lengua de la Escritura y en las tradiciones de sus mayores. En Londres hay un hermoso edificio llamado la Sinagoga de los portugueses, donde los ritos de la religión hebraica se cumplen con todo esplendor y magnificencia posibles.

Quedó pues muy sorprendido *don Jorgito* al ver que aquellos judíos con que tropezó en Lisboa no eran los mismos que él había visto en los esplendorosos cultos londinenses, por eso califica, a los que ahora contemplaba, de "ralea berberisca"; además hablaban una lengua extraña, tenían una moral dudosa y —esto es lo que más nos interesa ahora— vestían de una forma muy peculiar: "Su vestidura consiste generalmente en una túnica azul sujeta a la cintura por un ceñidor rojo, anchos calzones o pantalones de lienzo, y un bonete colorado con una borlita de seda azul en lo alto"[3]. Probablemente los sefardíes que vio Borrow en Lisboa fueran de origen norteafricano, pero el color de su tocado —ese bonetillo rojo con el meneo de una borla azul— se aviene mal con la costumbre marroquí que reservaba el fez encarnado para los musulmanes y que dejaba el bonete negro para la minoría hebrea.

En 1862 el escritor danés Hans Christian Andersen, famoso por su colección de cuentos, hizo un primer viaje por España. Visitó por enton-

[3] Borrow (1970: cap. V). El interés de Borrow por los judíos debió de ser muy grande, él mismo dice de sí: "En diversas partes del mundo he vivido en contacto con la raza hebrea y conozco bien sus maneras y fraseología". Este interés, basado sin duda en su inquietud por todo lo relacionado con la Biblia, le lleva incluso a narrar un encuentro en España con un supuesto criptojudío, que —de Jaraicejo a Talavera (Cap. XI)— le va informando de su condición y de lo extendido que estaba entonces en España, incluso en las altas esferas eclesiásticas, el secreto judaísmo. El pasaje resulta bastante sospechoso.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

ces Andalucía, entró en Gibraltar, desde donde pasó el Estrecho, y arribó a Tánger. Su contacto con los judíos de aquella ciudad comenzó en el momento mismo de su desembarco, pues eran hebreos los que entraban en el agua para transportar a hombros los equipajes y aun a los mismos viajeros:

> [...] unos diez judíos marroquíes, vestidos con caftanes, saltaron al agua y llegaron vadeando hasta nosotros. Asió uno una maleta, otro un saco de noche, un tercero echó a correr con los paraguas, aquello parecía un desvalijo, no atendían ni a palabras ni a gritos. Me agarró uno de una pierna y otro de otra y antes de darme cuenta me hallé sentado a hombros de un tercero [...] Y así, alzado en algo y agarrado, fuímos transportados y llevados a salvo en tierra[...]

Por las calles de Tánger tropezó nuestro danés con algunos judíos comerciantes de quienes tomó a vuelapluma unos apuntes que nos serán muy útiles a la hora de analizar el origen de su indumentaria: "Casi todas las casas ofrecen una combinación de puerta y ventana, y hacen las veces de mostrador de tienda y de taller. Dentro estaban los mercaderes y artesanos sentados a la usanza oriental. La mayoría eran judíos marroquíes, con largos albornoces y ceñidor a la cintura" (Andersen 1991: II, 61-85).

Tanto Borrow como Andersen limitan sus descripciones a los tipos masculinos que se cruzan por las calles. Sólo el segundo conseguirá penetrar en la intimidad de algunas casas hebreas y, merced a ello, nos ha dejado la imagen de una sefardí tangerina en traje de fiesta; descripción de la que me serviré al hablar del tocado femenino y, sobre todo, en un futuro estudio dedicado al traje de fiesta, llamado hoy *de berberisca.*

Antes de ir comentando una por una las prendas que formaron la indumentaria de los sefardíes marroquíes, conviene aclarar que cuando llegaron a las costas africanas había ya en aquellas tierras una importante presencia judía. Aquellos hebreos vivían en la zona Sur que fue más tarde protectorado francés de Marruecos, y su lengua era y es el árabe; sus costumbres en nada se parecían a las de los judeoespañoles e incluso en la liturgia sinagogal no compartían con éstos sino la esencia de su fe. Con el tiempo fueron conocidos entre los sefardíes como *forasteros*, y aunque llegaron a celebrarse algunos matrimonios mixtos, esas uniones no fueron sino el fruto esporádico de la fuerte endogamia que los judíos han practicado a lo largo de los siglos[4]. Otro grupo de hebreos lo com-

[4] El caso concreto de Mogador, ciudad donde la presencia judía superaba a la de otras etnias, es muy llamativo. Aunque geográficamente se asienta en el área de los judíos arabófonos, según testimonio de algunos tangerinos hubo allí también una fuerte presencia sefardí. Un español, allí destinado en 1901, cuenta cómo vio desde el barco: "...una infinidad de mujeres, así me perecieron a la distancia en que me hallaba,

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

ponían los llamados *rifeños*, que con su habla bereber y sus abigarradas vestimentas teñidas de un fuerte primitivismo conformaban una población del todo ajena al devenir de las comunidades sefardíes de Marruecos[5]. A este mosaico cultural se refería el doctor Pulido cuando afirmaba en los albores del siglo XX: "La vida política y social que ofrecen las poblaciones del Imperio marroquí es tan variada, abarca tan extensa gama, desde la cultura europea más perfecta hasta la barbarie más primitiva de la kábila rifeña..."[6].

---

con largas faldas negras y pañuelos azul oscuro en la cabeza, puestos y atados a la usanza de las aldeanas de muchas provincias españolas, se congregaban a la orilla del mar para recibir, sin duda, a los pasajeros del *Telde*", pero cuando momentos después, el narrador y su mujer ponían pie en tierra a hombros de unos fornidos porteadores —como hizo Andersen al desembarcar en Tánger—, se deshizo el encanto de aquella fantasía: "Pero a poco y conforme nos acercábamos, íbase aclarando el misterio de aquellas *señoras* que esperaban impacientes nuestra llegada. Las bellas damas que nuestra imaginación tropical se había figurado, eran hebreos, que, vistiendo el traje tradicional de Mogador, acudían a presenciar el recibimiento que se tributaba a un representante extranjero". Aunque el protagonista de nuestro relato no nos informa de si eran éstos que juzgaba travestidos, sefardíes o no, lo cierto es que al hablarnos de su vida en la ciudad distingue entre los residentes allí y los judíos arabófonos que llegaban a ella sólo de tarde en tarde para comprar o vender sus mercancías: "Era realmente heterogénea la población de Mogador en aquel entonces, pues aunque entre ella predominaba el elemento israelita, confundidos con él se veían a menudo los «hombres azules» de Má-el Ainin, que gustaban de venir de vez en cuando a nuestra ciudad, donde de orden del sultán, se les facilitaba cuantiosa «muna», los susis de Tarudant, Ifni y Agair, los negros bambaras y congos del África ecuatorial y los judíos del interior, con su indumentaria árabe y sus largas guedejas, cayéndoles por debajo de las sienes" (Potous 1940: 72 y 130). En la colección de la tangerina Sonia Cohen figuran varios pañuelos de lunares sobre fondo blanco que: "eran de los judíos del sur, que se los ponían atados así (por encima de la frente) en la cabeza".

[5] La rudeza de estos hebreos montañeses se reflejaba en el adorno personal que todavía ostentaban cuando Ortega decía de ellos: "[...] Aún encontramos judíos que lucen gruesos aretes pendientes de las orejas" (Ortega 1929: 175). Años después aún impactaba su presencia entre los cosmopolitas tangerinos: "Cuando yo era pequeño, se veían algunas veces a estos judíos por Tánger, tenían el lóbulo de la oreja muy caído y se veía allí un agujero grande, de haber llevado una argolla, un pendiente grande que habían llevado y que luego ya, como se veía muy raro, se lo acabaron quitando. Daba shenfá (grima) mirarlo". Informes dictados por Alberto Pimienta Toledano, nacido en Tánger en 1938 y recogidos en 2003 por J. M. Fraile Gil. Alberto y su hermana Alegría fueron para mí dos maravillosos embajadores que me adentraron de la mano en el mundo de la tradición judeo-española de Tánger.

[6] Pulido (1993: 253). La magnífica obra de este "apóstol de los sefardíes", poco aporta a nuestro estudio, pues intenta siempre con su trabajo darnos una visión actualizada y moderna del mundo judeo-español, suprimiendo todo rasgo local, que considera como signo de atraso y alejamiento de la cultura oficial española vigente en su tiempo.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

A comienzos del año 1860 habían entrado en Tetuán las tropas españolas del general Prim y como consecuencia sus habitantes tomaron contacto con los soldados españoles llevados allí desde todos los confines de la Península. Ese nuevo panorama dio lugar en la literatura a la aparición de la novela galante[7] entre el español y la judía, con quien por arte de maravilla podía entenderse en aquel castellano arcaico que sonaría a la vez viejo e infantil en los oídos de los soldados españoles; y en el terreno práctico trajo a Tetuán un aire europeo que poco a poco se iría expandiendo por las otras ciudades que albergaban entre sus muros un *melah* o judería bien poblada.

En 1862, merced al apoyo que el inteligente *Rebbi* Yishaq Benwualid —que a la sazón contaba 83 años de edad y una mente muy lúcida—, se instaló en Tetuán la Alianza Israelita Universal, que inmediatamente comenzó a impartir clases con un estilo bastante occidental, imponiendo el francés como lengua coloquial en la escuela. Este rápido proceso de occidentalización en el Norte de Marruecos culminó cuando, tras la Conferencia Internacional de Algeciras (1906), España situó en Tetuán la capitalidad de su Protectorado en 1912.

Por entonces las clases acomodadas fueron las primeras en adoptar la indumentaria europea, quedando la ropa que había sido patrimonio y distintivo de los judíos como signo de atraso y apego a las viejas costumbres. Las mujeres permanecieron fieles durante mucho más tiempo a su indumentaria tradicional, pues dada la estructura social en que la mujer se ha movido —y por desgracia aún se mueve en la mayor parte de las sociedades— le resultó harto difícil despojarse del pañuelo que cubría su cabeza o de las largas faldas que parecían defenderla del mundo que la

---

[7] El recuerdo de aquella campaña está aún muy presente en el cancionero popular y en la memoria colectiva de los españoles: Del día seis de Febrero / nos tenemos que acordar / que entramos los españoles / en la Plaza de Tetuán. // En la Plaza de Tetuán / hay un caballo de caña / cuando el caballo relinche / entrará el moro en España. // La Plaza de Tánger / la van a tomar / también han tomado / la de Tetuán.

En ese momento cronológico ambientó don Benito Pérez Galdós su *Aita Tettauen*, y años más tarde Luis Antonio de Vega su *Amor entró en la judería*. Para el estudio de la literatura colonial española en el Norte de África véase la obra de Essounani (2000). El viejo topos folklórico del amor entre el soldado cristiano y la *infiel* resurgió entonces con la misma fuerza con que los romances tradicionales de cautivos se reactualizaron. Ejemplo de lo primero es la copla: Al entrar en Tetuán / me dijo una tetuana: / —¡Qué soldados tan bonitos / tiene la reina de España! /. Y del nuevo auge en el género narrativo castellano por excelencia son los textos de *La hermana cautiva* (ía), que comienzan con el exordio: Vamos a cantar, señores, / los cupletes de la niña, / que la cautivaron moros / en los riscos de Melilla. / [...]

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

rodeaba. Pero poco a poco y a la par que los hebreos *acaudalados* abandonaban las juderías para instalarse en los nuevos barrios residenciales donde se mezclaban con vecinos de toda procedencia, se iba relegando también el atuendo berberisco, hecho ya una *rafta* (lío de ropa) en lo más profundo de los cofres que, *mejeados* (escondidos) en los caramanchones (desvanes), acabaron siendo pasto de la *tuña* (polilla o carcoma). Los *arsados* (adinerados), que adoptaron entonces el pantalón largo y la americana, eran motejados despectivamente de *flamencos* o *flamengos* por el resto del *Kahale* (conjunto de la comunidad), y así en una canción tetuaní de estructura paralelística vemos enfrentados al mercader, prototipo del judío inteligente, con el *flamengo*, que resulta bastante malparado:

Casárame mi padre con un mercader,
que entra por la puerta y huele a laurel.
Casárame mi padre con un flamengo,
tiene las patas largas como un gameyo
(Alvar 1979: 167, n.º 213).

Y ya reparó Ortega en ese adjetivo cuando escribía en 1929:

> La mayoría de los de la costa y la minoría de los de las ciudades del interior usan el traje europeo, como ya hemos indicado. Según Murga, llaman flamencos en

FIGURA 1.—*Familia de Judíos Tangerinos hacia 1888.* Sorprende el aire europeo de estas sefardíes que, a no ser por la hechura de su tocado y el ademán de la que se sienta, podrían parecer campesinas andaluzas de aquellos años; llevan los mismos pañuelos de seda que por entonces traían a España los quintos a quienes la suerte envió a África. En ellos llama la atención el *fez* con que se tocan, no sabemos si encarnado, y el estilo oriental de su atuendo, que rematan con una *yil-labía* moruna. Catálogo de la Exposición *Andaluces y Marroquíes en la colección fotográfica Lévy (1888-1889).* Cádiz, 2002, p. 237. Signatura: L. L. 142. Tánger: *Grupo de familia judía.* 24 × 30 cm.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

> Berbería a los hebreos que adoptan las vestiduras de Europa. Explica el sentido de la palabra como un recuerdo vivo de la época en que fueron expulsados de España, pues en aquel tiempo existían en la Corte muchos caballeros flamencos, a los que había abierto el camino la boda de doña Juana con don Felipe el Hermoso. La moda empezó a bautizarlo todo con el mote de «a la flamenca». ¿Sería extraño que a los que hiciesen algunas variaciones en sus trajes les aplicasen tal apelativo los sefardíes marroquíes? (Ortega 1929: 175-176).

La explicación que da Murga me parece un tanto forzada, dado que la boda de doña Juana con Felipe el Hermoso tuvo lugar en 1495 y los judíos españoles llevaban ya por entonces tres años en su exilio forzoso. Si bien es cierto que las relaciones de los sefardíes con España no se interrumpieron nunca del todo, dudo que aquella influencia flamenca —especialmente fuerte en nuestro país cuando Carlos V alcanzó la mayoría de edad y llegó a España procedente de Flandes en 1517— pesara tanto en la memoria colectiva de aquellos expatriados que permaneciese hasta época histórica tan reciente. Por otro lado, la expresión "irse a andar a la flamenca" se usó en el habla coloquial de las juderías norteafricanas como equivalente al "dolce far niente" de los italianos y al "no dar golpe" de los españoles; por ello me inclino más a pensar que los judíos de la clase trabajadora comenzaron a tildar de *flamencos* a quienes pasaban el día holgando, y por ello fueron los primeros en adoptar las nuevas modas europeas, pues su estatus económico bien les permitía adquirir el nuevo ajuar que necesitaban[8].

En aquel panorama, y bien entrado el siglo XX, eran ya muy pocos los varones que vestían aún la indumentaria de sus mayores; pero como en lo más profundo de la conciencia colectiva se continuaba relacionando la indumentaria tradicional con la religiosidad judía: "muchos de los que se habían quitado ya la *ĵoha,* volvían a vestirse a la antigua el Sabath,

---

[8] Debo valiosos informes al respecto a Estrella Bentolila, nacida en Tetuán en 1935, a quien entrevisté en Holon (Israel) el 25 de Marzo de 1993 junto a S. Weich-Shahak; desde entonces y a través de sus cartas me ha seguido aportando preciosos datos. Su madre (madre también de Simona Halfón, que aparece en estas notas), Oro Benatar, tetuaní de varias generaciones, fue una mujer muy ilustrada para su tiempo; escribió varios opúsculos cuajados de notas aclaratorias. Así, al concluir una espléndida versión del romance *Melisenda insomne* (áe), comentaba en su cuadernillo: "*Liviale:* es una prenda o toca que cubría la cabeza y parte del rostro". La palabra aparece en esta secuencia del romance: "[...] / Saltara de su camita / que parece un gavilane, / pusiérase una sayita / no cubriendo su liviale / [...]" Los textos antiguos señalan que no la cubrió su *briale*, pero me parece bastante significativo que una mujer en el Tetuán de 1913 hiciera la acotación que hemos leído para esclarecer el significado de una palabra que entonces ya debía estar en desuso.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

para ir a la esnoga [sinagoga]"[9]. Algunos persistían en su atuendo guiados por un voto religioso que les comprometía a no dejar aquel hábito o incluso volverlo a adoptar si en algún momento, llevados por el coqueto impulso de la moda, lo habían abandonado. Yudá Benasayaq, nacido en el Tetuán de 1876, hizo ofrenda de esa voto al recuperar la salud, merced a una ceremonia religiosa, por la que de algún modo volvió al mundo: "Mi padre estuvo muy enfermo y prometió volver a vestir siempre a la antigua; no a la europea, a la antigua. Y ya nos veíamos muy mal para encontrar quien le hiciera esa ropa. Últimamente encontrimos uno que se la cortó, y yo tuve que coserla, y así hasta que niftar [murió] en 1952"[10]. Yudá Benasayaq añadió a su nombre el de Hayim, que en hebreo significa vida, cuando volvió a la salud desde la enfermedad con su renovado aspecto de judío castizo.

Los hombres y mujeres que ahora nos ocupan comenzaban a vestirse, al igual que los españoles con los que habían convivido durante siglos, por una blanca camisa, que llegó a ser la segunda piel para quienes la portaban. La camisa era la prenda interior de día y la ropa de dormir para abrigarse en la noche. Son muy pocas las noticias de tradición oral que he allegado al respecto. Coinciden todas en el color blanco, en la presencia de un cuello que los entrevistados califican como de *estilo mao* o de tirilla (nunca vuelto y con picos como son los nuestros) y en la abundancia de pequeños botoncitos de hilo en la pechera, que aparecían siempre cerrados. Ortega dice al respecto: "[...] excepto la blanca camisa, cuyas mangas anchísimas quedan pendientes" (Ortega 1929: 175). Tan íntima se consideraba esta prenda que era harto difícil ver a un hombre en mangas de camisa, y prácticamente imposible sorprender a una mujer en tal atavío; como todas las referencias recogidas lo son de segunda mano y no he podido revisar ninguna prenda, remito a los lectores solamente al triángulo blanco que, en el pecho de los hombres, nos muestran las viejas fotografías, pues era un signo de buen porte y limpieza el presumir aquellas níveas pecheras bajo la oscura entreabierta *joba*.

---

[9] Informes dictados por Moisés Bengio Bengio, de 80 años de edad. Nacido en Tánger. Fue entrevistado en Madrid el 6 de febrero de 2004 por J. M. Fraile Gil y P. López de Miguel.

[10] Informes dictados por Alicia Benasayaq, de casada Bendayán. Fue entrevistada en Askelon (Israel) el día 5 de enero de 1990 por J. M. Fraile Gil, S. Weich-Shahak y A. Fernández Buendía. Alicia es aún una de las mejores conocedoras de la tradición oral tetuaní. Sus romances y canciones fueron objeto de atención por parte de investigadores como Henrietta Yurchenko, Arcadio Larrea y Susana Weich-Shahak, quien le dedicó un estudio monográfico (Weich-Shahak 1995).

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

Las camisas que ahora nos ocupan estaban abiertas sólo hasta el pecho y se vestían por la cabeza. Los amarillentos retratos nos dejan apreciar de ellas sólo una apretada hilera de botoncitos redondos hechos con hilo, abertura que no bajaba hasta el extremo inferior de la prenda sino que dejaba un faldón alrededor de ella; con él muchos se debieron proteger e incluso envolverse las *verijas* (ingles), pues fueron pocos los que podían llevar el calzón llamado *zaragüel*. Equivalía esta prenda —de rancia raigambre en España— al calzoncillo interior, pues era de tela blanca, ajustada a la cintura por una *pretín*, y bajo la rodilla con un pequeño botón o a veces con una cuerdecita. Se hacían en una tela grosera de color crudo, que muchos califican de "un lino muy áspero". Pero al igual que sucedía en la Península, como el *zaragüel* quedaba oculto por la *ĵoha*, los pobres –los *aniyim*— tenían que prescindir a veces de esta prenda; de ahí que en el habla coloquial se dijera –al hablar de los nuevos ricos, para quienes todo era novedad—: "¡Patas que no miraron zaragüel!", que equivale exactamente a nuestro refrán: "El que no está acostumbrado a bragas, las costuras le hacen llagas". Este *zaragüel* es el holgado pantalón que Borrow vio en Lisboa bajo la túnica azul de los berberiscos y que describe como unos: "...anchos calzones o pantalones de lienzo..."

Covarrubias en su *Tesoro* de 1611 aporta varias etimologías para el vocablo *çaragüelles*, y aunque afirma: "Este vocablo no se determina Urrea si es arábigo, porque no le halla origen", no anda muy errado cuando apunta que: "Dicen algunos estar compuesto de *çara*, que vale esparcir, y del nombre latino *follis*, que en español llamamos follado; y valdrá tanto como follado ancho y esparcido" (Covarrubias 1995: 984). Pero si el sentido de la etimología que nos da el toledano Covarrubias coincide con el aspecto de estos anchos calzones, Urrea y él se equivocaron al descartar el origen árabe de este vocablo, pues el término zaragüelles procede de la palabra *sarawil*, plural de *sirwal*, que en lengua arábiga significa pantalón muy ancho. En efecto, la característica principal del *zaragüel* era su extremada amplitud, al estilo de los pantalones blancos y rayados que aún usan hoy —cerrados con un botón de pasta bajo la rodilla— algunos marroquíes. Los zaragüelles fueron por ello la prenda típica que llevaron los huertanos del Levante español: murcianos, valencianos o alicantinos, que sumergían a veces los pies en el agua de sus acequias vestidos sólo con unos amplísimos calzones de blanco lienzo ajustados a la cintura por un cordón o *veta* (cinta). Esa amplitud provocó el escándalo en algunos viajeros de la Europa Septentrional, sorprendidos ante esta falta de rubor a la hora de mostrar las intimidades por aquellas amplísimas bocapiernas o *camales*. En la primavera del año 1800 un viajero alemán comentaba:

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

> A partir de Murcia, y a lo largo de todo el Reino de Valencia, los campesinos llevan un traje que parece morisco. Tienen pantalones de lino amplios, que sólo se ajustan entre las piernas, pero que abajo están totalmente abiertos, de tal manera que se asemejan a una especie de delantal. A menudo están casi desnudos hasta la zona lumbar y con el menor movimiento se ven muchas cosas más. Los habitantes más civilizados han considerado este vestido muy poco decente, y tampoco está permitido, al menos eso oí, entrar de esta guisa en la iglesia. En la parte de arriba tienen, la mayoría de las veces, un mero chaleco sin mangas, y se tocan la cabeza con una gorra, fundamentalmente azul [la montera] echada hacia atrás. No llevan medias, y en los pies se ponen unas suelas hechas de cáñamo o esparto, que se sujetan con cintas cruzadas (Humboldt 1988: 218).

No conviene olvidar que fue en el Levante de España y en amplias zonas de Aragón donde la población morisca fue más numerosa, ocupándose en el cultivo de las huertas hasta que la Majestad de Felipe III tuvo a bien expulsarlos en el año 1609, privando a aquellas feracísimas tierras de una mano de obra experta y cualificada[11].

Pero tornemos a los sefardíes de Marruecos, quienes sobre la camisa se echaban —los que disponían de recursos— un chaleco escotado en redondo y de pecheras muy dibujadas a base de cordón y pasamanería; la prenda presentaba en el borde izquierdo una fila de botoncitos hechos con hilo, que tenían el tamaño de un garbanzo, y que raramente se cerraban, para dejar que se viese una blanca camisa siempre abotonada. Llamaban a este chaleco *yabador*, vocablo árabe que utilizaban indistintamente judíos y musulmanes para denominar a esta pieza. Y así, sobre la prenda interior compuesta por la camisa, el *yabador* —o chaleco— y el *zaragüel*, vestía el judío de estas tierras una especie de guardapolvo negro al que llamaban *joba*. Las descripciones tanto orales como literarias de la *joba* coinciden en su color negro, o tan oscuro que para muchos ha quedado en la memoria como "una especie de sotana que llevaban los hombres", y que les llegaba hasta por debajo de la rodilla. Pero poco a poco debieron ir abandonando el color *preto* —que acaso fue imposición de la autoridad musulmana— en favor de un azul oscuro, pues ha-

[11] Los moriscos fueron los supervivientes de raza árabe que, tras la toma de Granada en 1492, abrazaron —más o menos libremente— el cristianismo. Conservaron sus usos y costumbres y por ello las autoridades civiles y eclesiásticas los miraron siempre con recelo. Protagonizaron movimientos levantiscos como el de las Alpujarras, que en 1570 domeñó don Juan de Austria, y fueron deportados varias veces de una a otra región española hasta su expulsión definitiva a comienzos del siglo XVII. Su indumentaria resultaba harto llamativa para propios y extraños, y así un extranjero que nos visitó al comenzar el reinado de Carlos V dice de ella: "Todas las mujeres visten a la morisca, que es un traje muy fantástico, llevan la camisa que apenas las cubre el ombligo, y sus zaragüelles, que son unas bragas atacadas de tela pintada, en las que basta que entre un poco la camisa..." (Navagiero 1983).

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

FIGURA 2.—*Judío sefardí de Tánger hacia 1890.* Aunque José Salama Rofé ha sustituído el breve *zaragüel* y las *mešayas* por el pantalón y las botas europeas para ir al estudio y retratrarse, la *ĵoba*, que entalla el ceñidor, y la *yil-labía* —enteramente caligrafiada y echada sobre los hombros— declaran su castiza estirpe. Gentileza de Martina Lasry.

cia 1900 un español describe así el animado ambiente de Tánger: "[...] las tiendas y bazares, con los mercaderes medio tendidos e indolentes a las puertas; los judíos, con sus túnicas azules y su faz semítica; los rifeños, con su jaiques pardos y su inseparable fusil [...]" (Vela 1903).

Para los días de fiesta y para uso corriente de las clases adineradas, tenían nuestros hebreos una prenda semejante a la *ĵoba* pero de mucho más lujo, tanto por su confección como por el tejido en que se hacía: era el *yalak*. Un romance infantil lo menciona cuando presenta al *mesjeadito* (pequeño) que lo protagoniza muy *arregalado* de sus padres, vestido con esta prenda. Una versión tetuaní dice:

> Este niño m'entró a esnoga con un yalak de brocado, *yah rebbí,*
> paseando con los niños, le cortaron un pedazo, *yah rebbí.*
> Ah, rebbí, no me le mateș, que le tengo arregalado, *yah rebbí,*
> de su padre bien criado, de su madre arregalado, *yah rebbí.*
> de su padre bien criado, de su madre arregalado, *yah rebbí*[12].

[12] La informante Ester Auday-Benadiva, entrevistada en Tánger el día 10 de Julio de 1987, comentaba al terminar su canto: "Antes no se vestían de europeo, sino como

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

Como sucede con otros muchos términos de la indumentaria tradicional sefardí, que hunden sus raíces en un sustrato común para las dos ramas de la tradición judeo-española, encontramos entre los sefardíes de Oriente la palabra *yelek* para referirse a un chaleco casi siempre de tela rica[13].

En lo más crudo del invierno se echaban los hombres sobre la *ĵoha* o el *yalak* una *yil-laba* semejante a la que usaban sus convecinos musulmanes. Las había pardas, muy sencillas, pero las hubo también negras como ala de cuervo, salpicadas por motitas blancas, rojas, azules, amarillas... Era un trabajo propio de los *xexaunis*, los artesanos de Xauen, que las llamaban *rorabiya*, y todas tenían una capucha con que a veces se resguardaba la cabeza de su portador.

La *ĵoha* o el *yalak*, aunque tenían también botoncitos, iban siempre abiertos y ceñidos a la cintura —y en esto quiero reparar con despacio— por una faja que llamaban indistintamente *korsía* o *farajia*, vocablos que —como tantos otros— tomaron los judíos como préstamos del árabe. Y aunque el uso del cinturón o ceñidor entre los judíos está documentado, tanto en el *Antiguo Testamento* como en los *Evangelios*[14], creo que su

---

una sotana". (Cf. Weich-Shahak 2001: 126-127). La alusión a los severos castigos que infligían estos maestros a los niños no es gratuita: "Después de la escuela española, íbamos a la esnoga a aprender a meldar (leer) con un rebbi, con rebbi Moshe Salama. Era muy buen maestro, pero muy, muy severo, y mos pegaba con un ñervo, que era de un toro, que era flexible, y con eso mos pegaba". Informes dictados por Meir Elbás, nacido en Alcazarquivir hacia 1930 y entrevistado en Barcelona por S. Weich-Shahak en Febrero de 2004. Relacionada con el *yalak* recogí la siguiente anécdota que proviene de Tánger: "Mi padre me contaba que mi abuelo tenía un yalak endiamantado, ¡que es yalak y te caiates! Bueno, lo tenía en una maleta, mejeada [escondido] en el caramanchón [desván]. Un día fue a ponérselo, sería Pesag, o no sé..., y al abrir la rafta, había allí un ratón que se había comido medio yalak. Dice que coió al ratón y con un moclás [tenazas] le arrancó los dientes y le dijo: —Vay a augüera a comer yalakes". Informes dictados por Ester Cohen Nahón, de casada Aflalo, nacida en Tánger, de 85 años de edad. Recogidos en Madrid el día 9 de Febrero de 2004 por J. M. Fraile Gil, D. Caloca Puente y S. Weich-Shahak.

[13] En una versión ismirlí de *La vida en la galera* (í) el desesperado protagonista ordena que vendan su lucido ajuar personal para poder pagar el rescate, y así canta: [...] / Que me vendan tacum de paño, / con el yelek sirmalí; / que me vendan toca de seda, / con el fez yizairelí, / [...] Cantado por Esther Eskenazy, de 17 años de edad. Fue recogido en Esmirna (Turquía) en el año 1911 por M. Manrique de Lara (Cf. Armistead 1978: III, Antología H193, 27).

[14] (*Isaías*, V, 28) dice: "No se quitan de sus lomos el cinturón, ni se desatan la correa de sus zapatos. Sus flechas son agudas, y tensos sus arcos". No queda claro si la Escritura se refiere al cinturón como prenda de soporte para otro tipo de adminículos o como ceñidor para sujetar la túnica u otra prenda de vestir. En el *Nuevo Testamento*, cuando Cristo ilustra a sus discípulos sobre las disposiciones a tomar, vuelven a

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

incorporación a la vestimenta propia de estos sefardíes de Marruecos —tal y como entendemos el término faja masculina al hablar de indumentaria tradicional— es una de las señas de hispanidad que conservaron en su exilio y que acaso sacaron ya de Sefarad.

Si el vestido del musulmán era siempre talar y de caída libre, el sefardí desde antiguo ciñó la cintura para dividir su silueta en dos volúmenes separados por la línea horizontal que trazaba el ceñidor. En ello repararon ya los viajeros que conocimos en párrafos anteriores. Andersen nos dejó una descripción muy pintoresca del mayordomo que servía en la quinta donde pernoctó varias noches, a su paso por la blanca Tánger: "Hussein, el mayordomo, era un hombre guapo con un magnífico turbante y albornoz blanco con rayas negras, digno de ser exhibido por cualquier gran dama de ciudad europea" (Andersen 1991: 66); mientras que —como ya vimos— al pintar la imagen de los judíos que habitaban en aquella ciudad dice: "La mayoría eran judíos marroquíes, con largos albornoces y ceñidor a la cintura". Los musulmanes berberiscos de la costa mediterránea, fundamentalmente argelina y marroquí, habían adoptado hacía tiempo una indumentaria de fuerte influencia europea, e incluso otomana, entre cuyas prendas estaba el ceñidor. Cuando en 1860 España ocupó la plaza de Tetuán, Pedro Antonio de Alarcón, que era entonces soldado y reportero de guerra, pintaba así la figura del parlamentario berberisco con el que los españoles podían entenderse: "De los otros cuatro personajes, el único digno de mención es el que viste a la argelina. (El traje argelino recuerda, más que ningún otro, al moro tradicional de España, o sea al que sale todavía en nuestras mascaradas y teatros. Las prendas que lo componen son: calzón anchuroso de color muy vivo, albornoz ondulante, vistoso chaleco, lujosa faja y muchos alamares y bordados en toda la ropa)" [15].

Las fajas de nuestros israelíes debieron ser, cuando las clases elevadas vestían al uso tradicional, de riquísimas telas entreveradas de seda y oro: "Yo tengo la faja de mi tatarabuelo, que se llamaba Pirjas Toledano, y

---

aparecer citas semejantes: "No os procuréis oro, ni plata, ni cobre para vuestros cintos, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón..." (*Mateo*, X, 9-10) y "...les encargó que no tomasen para el camino nada más que un bastón, ni pan, ni alforja, ni dinero en el cinturón, y se calzasen con sandalias y no llevasen dos túnicas" (*Marcos*, VI, 8-9).

[15] Alarcón (1917, II, cap. 2) no pierde comba a la hora de denostar a los judíos sefardíes que encontró en Tetuán; lo curioso es que siglo y medio después de su visita al Norte de África, aún he recogido testimonios orales muy negativos sobre el escritor andaluz, a quien califican hoy los descendientes de aquellos judíos de "vividor y muy golfo".

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

FIGURA 3.—*El rabino Yishaq bar Vidal al Haserfaty y su esposa Rahe.* Tetuán hacia 1900. Presume la retratada su mejor collar de *alfófar* y una larga cadena al pecho; los dedos cuajados de anillos y un pequeño fez en la cabeza, que le da un cierto aire otomano. Él sólo ha introducido el pequeño detalle europeo de su calzado en el atuendo netamente sefardí que le cubre. Ana María López Álvarez, *La comunidad judía de Tetuán. 1881-1940.* Museo sefardí, Toledo, 2003.

era muy preciosa. El oro de esa faja está como acabado de hacer. Es de color rojo y amarillo, y tiene flecos en los extremos" [16]. Los menestrales debieron usar ceñidores de estambre y algodón, y aunque en la memoria colectiva no han quedado sino los de color más oscuro "...dominaba el tono negro de los caftanes judíos, apenas animado por las fajas de un azul oscuro..." (Vega 1944: 24)[17], debió haberlos también teñidos por un vivo cromatismo. De color rojo eran los ceñidores que en 1836 vio Borrow rodeando la cintura de los berberiscos, al desembarcar en Lisboa; y cuan-

[16] Informes dictados por Moisés Bengio Bengio, de 80 años de edad. Nació en Tánger y fue entrevistado en Madrid durante el mes de Febrero de 2004 por J. M. Fraile Gil y P. López de Miguel.

[17] Luis Antonio de Vega. Nacido en Bilbao en 1898, estuvo comprometido ideológicamente con el levantamiento militar de 1936. Vivió en varias ciudades del Protectorado español de Marruecos: Fez, Larache y Tetuán; y de él dice Federico Carlos Sáinz de Robles (1957): "Cuando decide que su novela sea bilbaína, o madrileña, o marroquí, lo es sin rallos [*sic*] ni titubeos. Este saber identificarse con temas, figuras y ambientes constituye el valor máximo como narrador".

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

do Galdós nos retrata a un Santiuste recién vestido como judío, dice: "Vistió Mazaltob a su huesped con un balandrán viejo que no venía mal al cuerpo del español, le puso la faja encarnada y el bonete negro y le mandó que viera la ciudad y la corriese por todo el entresijo de sus calles. En el Meyaj, y fuera de él, teníanle por un sefardín que había venido de Salónica o de Jerusalén a negocios comerciales" [18]. Aún así, las fajas más oscuras se veían animadas a veces "por unas rayas verticales de color mostaza, aunque las había también de cuadros en color tierra y ocre sobre fondo rosado" [19].

Como sucede en la mayor parte de las religiones, las prendas de vestir que han estado en contacto con el cuerpo de los ungidos por Dios adquieren propiedades maravillosas, que transmiten a quienes las tocan. Al *sadik* [justo, en hebreo] de Larache, Iosef Al-Galili, se encomendaban las mujeres a quienes se presentaba un parto complicado: "Si una señora estaba de parto, y el parto era difícil, la nieta del sadik llevaba la korsía y el bastón, y lo ponían a los pies de la cama y paría rápido. La korsía se la ponían encima de la ĵoha. Era ancha y grande, se daba vueltas, vueltas, y luego el final lo metían así, por arriba" [20]. Y lo mismo sucedía en Tetuán: "En la esnoga de Rebbi Yishaq Benwualid tenían guardada la faraĵia del sadik; y una vez que mi cuñada estaba de parto, y llamaron a

[18] Pérez Galdós (1945). Aunque no son muchas las referencias a la indumentaria tradicional sefardí en la obra del novelista canario, he decidido utilizarlas como datos fiables, pues el celo de don Benito a la hora de ambientar su producción literaria es harto conocido y está bien documentado. Para dar verosimilitud a su episodio nacional titulado *Trafalgar*, sabemos que alcanzó a entrevistarse con un anciano que vivió, siendo grumetillo, aquella batalla naval. Cuando preparaba el estreno de su obra de teatro *Los condenados*, cuya acción se sitúa en el pirenaico Valle de Ansó, escribía desde Santander, con fecha 13 de Abril de 1894, una carta a María Guerrero comentándole los preparativos para la función: "Mi Señora doña S. [...] Ya la obra está armada, no falta más que escribirla, y eso lo haré allá para Junio. Pienso ir a Ansó para darle todo el carácter local que sea posible [...] Respecto a efectos de cosas reales [...] tengo pensado varias cosas [...] De Ansó le traeré a usted varios trajes de ansotana, mejor dos, uno de lujo y otro de diario [...]" Sobre el autor de los *Episodios Nacionales* ver Bravo Villasante (1976).

[19] Informes dictados por Sonia Cohen Toledano, de casada Azaguri, nacida en Tánger hacia 1940. Fue entrevistada en Madrid el día 26 de abril de 2004 por J. M. Fraile Gil. Amante de la cultura sefardí, Sonia ha ido reuniendo con esfuerzo y tenacidad una extraordinaria colección de objetos e indumentaria que guarda en Tánger, donde aún vive, y que ha puesto siempre —junto con sus saberes— a mi entera disposición.

[20] Informes dictados por Elisa Fereres Amar, nacida en Larache, de unos 70 años de edad. Fue entrevistada en Barcelona el día 6 de febrero de 2004 por S. Weich-Shahak.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

la partera, que era una goya [gentil], que vivía en la Luneta, y no podía parir, y se oían los gritos en toda la judería, trajeron la *farafia* y se la pusieron en la cama, y parió enseguida" [21]. Aquellas *korsías* eran, en efecto, muy anchas, y por ello se doblaban longitudinalmente en dos pliegues, que formaban una N mayúscula, para dejar en la parte externa un alargado ojal que venía a coincidir con la mano, y en el hueco allí formado depositaban los hebreos sus objetos de uso más personal, exactamente igual que hacían sus compatriotas en toda la Península. Si los españoles colocaban allí sus trastos para fumar: el librillo de papel, la petaca con la picadura, el eslabón y el pedernal para hacer lumbre..., los sefardíes de Marruecos llevaban en el pliegue de su faja la *gauza* (cajita) para *nefhear* (tomar rapé). Los hebreos de estas tierras conservaron el hábito de aspirar el polvo de rapé cuando en Europa esa costumbre ya era algo casi olvidado. Desde los más humildes, que llevaban el tabaco molido en una caja de caña cerrada con un corcho: "Aquellos hombres mayores tenían unas cajitas de caña y movían lo de dentro con un palito; llevaban también un panuelo rojo grande, muy grande, para limpiarse" [22], hasta los más acaudalados, que portaban cajitas hechas en metales preciosos y adornadas con esmalte: "A mi padre le regaló mi abuelo una cajita de oro para el rapé, una cajita que le encargó a Suiza, y que es una joya que hoy tiene mi hermano en Buenos Aires" [23]; toda la *snoga nefheaba* a más y mejor, llevándose a la *janona* [nariz] la *mejerma* [pañuelo] colorada entre polvo y polvo. Cuantos hombres he entrevistado insistían en que los pañuelos de mano eran grandes y siempre de color terroso: "Los pañuelos que llevaban aquellos hombres eran más grandes que los de ahora, y algunos tenían dibujos, pero dibujos siempre en el mismo color del pañuelo, que era rojo o marrón o así, para que no se vieran mucho las manchas del rapé" [24].

---

[21] Informes dictados por Elías Levi, nacido en Tetuán, de unos 80 años de edad. Fue entrevistado en Holon (Israel) el día 11 de mayo de 2004 por S. Weich-Shahak.

[22] Informes dictados por Salomón Benchabo Melul, de 79 años de edad, natural de Alcázarquivir. Fue entrevistado en Madrid el día 13 de enero de 2004 por J. M. Fraile Gil y S. Weich-Shahak.

[23] Informes dictados por José Benaín Hachuel, nacido en Tetuán, de 91 años de edad. Fueron grabados en Madrid el día 23 de enero de 2004 por J. M. Fraile Gil y S. Weich-Shahak.

[24] Informes dictados por Moisés Bengio Bengio, de 80 años de edad, nacido en Tánger. Fue entrevistado en Madrid el 6 de Febrero de 2004 por J. M. Fraile Gil y P. López de Miguel. Según nuestro informante, aquellos hombres, que eran viejos cuando él era adolescente, ponían el rapé sobre el borde del dedo índice, que pasaban bajo la nariz desde la primera falange hasta el extremo, y después hacían el recorrido

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

A mediados del siglo XIX el gran novelista que fue Eça de Queiroz retrataba los usos del corrompido clero lusitano, entre los que estaba el de aspirar tabaco y limpiarse luego con grandes pañuelos encarnados: "[...] dos pañuelos de rapé del canónigo se secaban en la barandilla del balcón bajo...", y más adelante: "[...] comenzó a dar grandes puntadas en un pañuelo rojo [...] que cosía para el canónigo [...]" (Queiroz 1973: 89 y 169).

Pero los hombres disponían, además del escondrijo que llevaban en la faja, de una bolsa que llamaban *škara* para meter *jaĵitas* (cosas menudas). Esta bolsa, que era de medianas dimensiones, se hacía de cuero repujado, incrustado o bordado, y se llevaba en bandolera. Solía cerrarse con su mismo borde doblado hacia abajo y era complemento indispensable en el atuendo de los sefardíes más castizos del Norte de África: "Mi padre iba con la ĵoha, y su škara, el borso suyo, así; sus mešayas, que eran los zapatos, y así iba, mi bueno" [25]. La palabra *škara* es arábiga, y aunque Covarrubias no señala esa etimología para la voces *esquero* y *escarcela*, incluye ambos términos en su *Tesoro* de 1611, con lo que nos da idea de su uso y pervivencia en el habla coloquial de aquel tiempo. De la voz *esquero* dice: "Una cierta bolsa, que andaba asida en el cinto, donde la gente del campo llevaba la yesca y pedernal para encender lumbre"; y en el comentario de la palabra *escarcela* incluye unos cantarcillos con que las damas de la maya-reina pedían propina a los viandantes:

> Echa mano al esquero, caballero,
> echa mano a la bolsa, cara de rosa
>
> (Covarrubias 1995: 490 y 512).

Los hombres que estamos retratando calzaban *mešayas*, babucha moruna que dejaba el calcaño descubierto y que debe su nombre al vocablo árabe *mchi*, que significa ir, marchar. Parece que últimamente comenzaron a meter el pie en calcetines o *medias*, no sé si de lana o algodón, pero la bonanza del clima que allí reina y el estilo árabe que lo rodeaba, me inclinan a pensar que la mayoría debió andar con las pan-

---

inverso (*el viaje de vuelta*), para no dejar sobre el canto de la mano nada de aquel polvo. De aquella forma *nefheaban* bastante tabaco, pues el rapé "cuanto más se toma menos se estornuda". Se usaba entonces, y aún lo usan algunos, para aguantar despabilados el *tanit* (ayuno ritual) del día de Kipur.

[25] Informes dictados por Raquel Muyal, de casada Levy, nacida en Tánger en 1930. Fue entrevistada en Holon (Israel) el día 11 de diciembre de 1996 por J. M. Fraile Gil y S. Weich-Shahak.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

torrillas al aire, bajo el zaragüel y el borde de la *foha*. Ya bien entrado el siglo XX surgió una nueva artesanía entre los menestrales judíos, la de los *tarrafa*, que fabricaban suelas de zapatilla a partir de los neumáticos de caucho, exactamente igual que hacían por entonces los campesinos de la Península, quienes empezaron a fabricar sus albarcas a partir de las ruedas de goma, dejando en el olvido las que habían fabricado durante siglos con la piel de las caballerías y del ganado vacuno.

Y por no acabar el retrato de nuestro judío hablando de su calzado, dedicaré unos párrafos a la prenda que le cubría y que fue durante generaciones el signo distintivo de su pertenencia a la grey hebrea. El *bonete* era un gorro de paño negro que cubría algo más que la coronilla de los varones, y que sin ser tan pequeño como la *kipá* que hoy usan a diario los judíos muy religiosos, dejaba en la parte delantera "un pequeño flequillo, que los hombres tenían buen cuidado de recortarse y peinar

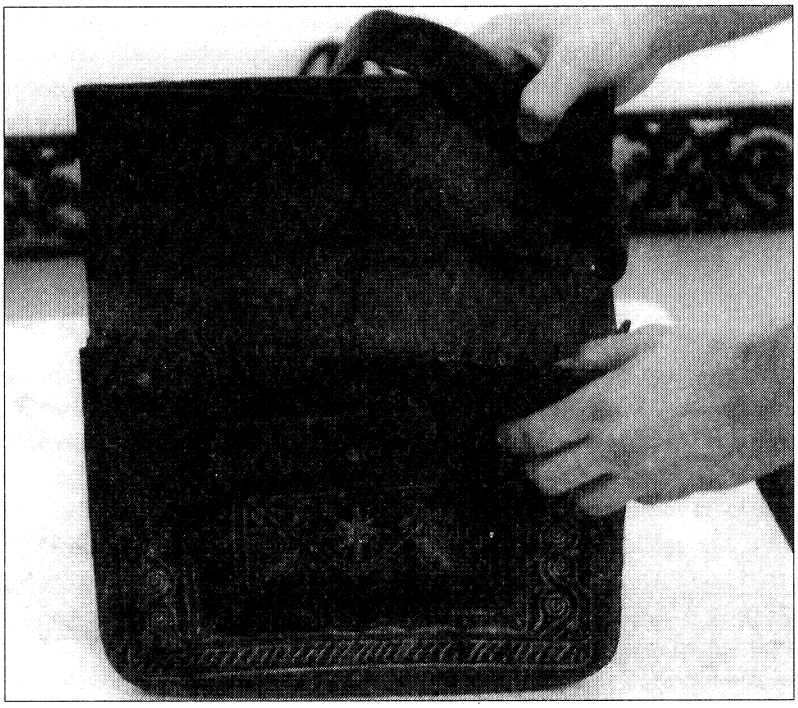

FIGURA 4.—*Bolsa de cuero o Škara*. Este ejemplar (30 × 25 cm.) tiene compartimentos interiores y al exterior va adornado con pespuntes, bordados, y dos pequeños discos de plata. Proviene de Tánger y es gentileza de la familia Levy-Muyal. Foto: D. Caloca.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

hacia delante"[26]. En la parte trasera presentaba una chafadura que, según todos mis entrevistados, era fruto de las ordenanzas musulmanas que imponían a los judíos aquella vejación frente al altivo fez encarnado de los musulmanes: "El bonete era siempre negro, se parecía algo a la boina, pero en la parte de atrás estaba aplastado, y eso era así porque los moros, para humillar más a los judíos, les obligaban a llevarlo así"[27]; otro testimonio tangerino remacha en el mismo clavo: "Los hombres llevaban un bonete negro, como de paño, y por detrás estaba aplastado por la cachgía, que quiere decir humillación"[28]. A esa humillación alude un pasaje de *La pared de la tela de araña*, novela que narra la toma de Xauen por los españoles en 1920: "Los moros no les dejan a los hebreos andar con las babuchas puestas frente a las mezquitas. Como tampoco usar, ni doblarlo, el gorro, la chichía, que además ha de ser negro y no rojo. Llevaban doblándose el gorro y quitándose las babuchas años, siglos..." (Borrás 1972: 108)[29]. Cuando en 1860 los españoles entraron como libertadores en la judería de Tetuán, los hebreos salieron gozosos de sus casas: "[...] y los mancebos echaban al aire unos gorrillos negros como solideos, que apenas les tapaban la coronilla [...]" (Alarcón 1917: II, cap. 4).

Resulta curioso anotar cómo el bonete, que seguramente usaban ya los judíos cuando escribía Antón de Montoro, acabó siendo en la Península una de las prendas más características del clero católico. Sabemos que desde antiguo fue atributo de los hebreos, merced a un romancillo que debió ser tan popular en la España de los conversos que incluso

---

[26] Informes dictados por Benito Garzón Serfati, nacido en Tetuán, de unos 65 años de edad. Fue entrevistado en Madrid al comenzar el mes de Febrero del año 2004 por S. Weich-Shahak.

[27] Informes dictados por José Benaín Hachuel, nacido en Tetuán, de 91 años de edad. Fueron grabados en Madrid el día 23 de enero de 2004 por J. M. Fraile Gil y S. Weich-Shahak.

[28] Informes dictados por Ester Cohen Nahón, de casada Aflalo, nacida en Tánger, de 85 años de edad. Recogidos en Madrid el día 9 de febrero de 2004 por J. M. Fraile Gil, D. Caloca Puente y S. Weich-Shahak

[29] Tomás Borrás nació en Madrid en el año 1891. Siguió algunos cursos en la universidad, para dedicarse profesionalmente al periodismo, en el que trabajaba ya a los 14 años. El diario *La tribuna* le encargó la corresponsalía en la Guerra Europea de 1914 a 1918. A su regreso a Madrid el importante periódico *El Sol* le envió como cronista a la Guerra de Marruecos, donde asistió a la toma de Xauen (1920) y al rescate de la zona de Melilla, después del episodio de Annual (1921). De aquella experiencia y de su conocimiento del país norteafricano salieron luego varias de sus mejores novelas.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

Calderón lo incluye en una de sus comedias[30]. Se trata de un romance hexasilábico que cuenta las peripecias de un judío que ha gastado sus menguadas ganancias comprando un maltrecho caballo que acabará ahogándose en una charca. Durante mucho tiempo se conoció sólo una versión oral del tema, la recogida en el cacereño pueblo de Arroyo de la Luz, y que sigue siendo la única de cuantas hoy conforman un corpus ya considerable, que llama abiertamente hebreo a su protagonista:

Esto era un judío, un judío honrado,
ande el amor y dame la mano,
ande el amor, que ya te la he dado,
que era un jugador, jugador de dados,
cada vez que juega, jugaba un ducado,
cada vez que gana, ganaba un ochavo.
con aquel ochavo, comprara un caballo
....[31].

Otros textos recogidos más tarde, sin llamar abiertamente judío al personaje central, le sitúan en el entorno de la *trapería*, o entre los botoneros y fabricantes de bonetes, profesiones todas que estuvieron muy ligadas al quehacer de los judíos en España. En una versión maragata se alude además al origen *portugués* de nuestro artesano, lo que equivalía a tildarle en el siglo XVII como de criptojudío, y no olvidemos que durante las primeras décadas de aquel siglo las dos coronas peninsulares permanecieron unidas[32]. Dice así la versión leonesa:

---

[30] El romancillo tuvo su origen en una burla antisemita y aparece en la comedia *El alcaide de sí mismo*, estrenada en el Alcázar madrileño el día 29 de enero de 1636. Sobre ese poema y Calderón véase Cid (1977).

[31] Puede escucharse en Fraile (1985: disco 1, cara B, corte 2). Las versiones arroyanas hasta entonces conocidas fueron estudiadas por Catalán (1970). Con posterioridad a este estudio volvió a recogerse el tema en una recopilación local a cargo de García Redondo (1985: 52 y 53).

[32] Los dos cronistas principales de la vida social en la España del XVII incluyeron abundantes noticias sobre la fama de judaizantes que tuvieron los portugueses en aquella sociedad del Barroco. En el corpus de esas noticias aparecen, cómo no, las típicas injurias a la imagen del Crucificado, que desde el medioevo se atribuían en España a los judíos: "(12 de julio de 1644) Acto sacrílego de unos portugueses. Aquí ha corrido voz que unos portugueses entre unas empanadas, que enviaron a cocer a una pastelería, una de ellas jamás quiso cocerse, y abriéndola vieron que estaba en ella un Cristo crucificado. Aún no sé que esto sea cierto, si lo fuere, daré aviso de ello o diré que fue embuste de noveleros". (Cf. Pellicer 1965). Otros avisos dan cuenta de cómo para la Inquisición de la época la cuestión criptojudía implicaba a todas las clases sociales: "(7 de octubre de 1654) Ha preso la Inquisición un portugués rico y un alguacil de corte y dos oficiales de Corte y otros tantos anteanoche, por la ley de Moisés". (Cf. Barrionuevo 1996: 143).

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

Era un bonetero portugués y honrado,
que hacía bonetes, los vendía a ochavo.
Con aquel ochavo comprara un caballo,
ciego de los ojos, del lomo matado
....[33].

Con el tiempo fueron los propios sefardíes quienes incorporaron a su repertorio poético esta composición burlesca aunque, claro está, haciendo desaparecer la filiación hebrea del protagonista. Conocemos versiones procedentes del Norte de África (Nahón 1977: 186-187; versiones 65A y 65B)[34], una estambolí y alguna de Sarajevo que han conservado milagrosamente el estribillo *mete* [pon] *bonete.*

Y ya que hemos hablado de la corona portuguesa, no me resisto a transcribir aquí el pasaje largo, pero sustancioso, de una novela picaresca que —ambientada en aquellos años de unión entre las dos naciones— nos ilustra a maravilla del miedo cerval que inspiraba la Inquisición en todas las clases sociales y muy especialmente entre el gremio de los comerciantes en telas, generalmente conversos:

> Para cierta fiesta que tenían los soldados y que salían todos muy lucidos, quisieron estos camaradas vestirse de paño fino [...] y así tomó de su cargo [Domingo] dar traza para sacar de la tienda los vestidos sin que les costasen blanca.
> Ayudóles a esta traza el hacer muy poco tiempo que era introducida la Santa Inquisición en Lisboa [...] y en espacio de un año habían hecho dos Autos Generales en que castigaron muchos delincuentes y confiscándoles muy gruesas haciendas, de manera que hoy se veía un mercader con tienda muy bastecida de mercaderías y el día siguiente la hallaban cerrada y su dueño preso por el Santo Oficio, y los sospechosos de linaje estaban temerosos no viniese esta desdicha por sus casas.
> A uno de éstos, pariente de algunos penitenciados en estos autos, mercader riquísimo, fue a quien envistieron nuestros soldados y para esto se valieron de una traza que salió del vivo ingenio de Domingo, la cual fue escribir ciertos caracteres de extraordinaria forma en unos pergaminos blancos, de quien colgaban algunos sellos de plomo, de los cuales se imprimieron otros caracteres que no se daban a entender porqué los hicieron si bien conformes a los que le dictó el albedrío. Estos pergaminos, que fueron cuatro, pusieron en otras tantas bolsillas

[33] Versión recogida en Val de San Lorenzo (León). Cantada por Antonia Geijo Alonso y su sobrina Dolores Fernández Geijo. Fue grabada el día 4 de marzo de 1985 por J. M. Fraile Gil, M. Santamaría Arias y A. Sánchez del Barrio. Puede escucharse en la cinta de casete: *Val de San Lorenzo-Filiel-Chana de Somoza.* Dentro de la colección *De encuesta por León y Asturias, Vol. 2. León.* Ed. SAGA. VPC-172. Madrid, 1985. Cara A. Corte 4; y en Fraile Gil (1992. Disco 5, corte 12).

[34] El primer texto tanyaui sitúa la acción en una sastrería, siguiendo así la inspiración primera de los textos peninsulares. Hay también una versión tetuaní recogida por Manrique Lara, hoy en el archivo Menéndez Pidal-Goyri.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

de tafetán rojizo, y encima de cada bolsa una señal de estrella pasada con una flecha, y todo ello estaba pintado con sangre. Con esto se fueron a casa del rico mercader, procurando hallarle solo en la tienda a la hora que sus criados estaban comiendo y no parecía nadie por allí. Pidiéronle que les mostrase piezas de paño fino en que escoger dos cortes para dos vestidos; hízolo luego el mercader, y mientras dejaba una en el mostrador para volver por otra, metía Domingo las bolsillas entre los dobleces primeros de las piezas del paño que allí dejaba. Hizo esto en tres, reservando la última para meterla en la pieza que más le contentase, y habiéndola escogido entre las muchas que les sacó, no obstante que les contentó, dijeron que querían ver otra que se veía desde allí; fue el mercader por ella, y en el ínterin que la traía metieron en la escogida bolsa o nómina que les quedaba a dos dobleces de ella. Traída la que había pedido el mercader, no les contentó diciéndole que de la penúltima pieza que les había mostrado querían sacar los dos cortes; de esta pues concertaron a cómo había de ser la vara, regateándolo sumamente como si los hubieran de pagar luego de contado, por disimular mejor su cautela, y al tiempo de medirse el paño les rogó el mercader tuviese uno de ellos de la tela para poderla varear. Hízolo Domingo, y a los tres dobleces que descogieron de ella saltó la bolsa, la cual vista del mercader, espantado de la novedad quiso ver lo que era, y así dejó de medir el paño por abrirla.

Los soldados advertidos, estuvieron asimismo atentos a ver lo que era, y sacando el inocente portugués de la bolsa el pergamino con sus cuatro sellos, le descogió y comenzó a querer leer sus caracteres ininteligibles escritos con sangre. Los soldados comenzaron a decir que aquello era cosa de hechizo, y grande maldad y bellaquería tenerlo allí, que no en balde con aquellos embelecos se llevaba a su tienda todo el concurso de Lisboa a comprarle lo que tenía en ella, que habían de ir a dar cuenta a la Santa Inquisición para que castigase tan grande insolencia. El mercader se asustó del suceso, y comenzó a jurar con mil juramentos que él no era sabedor de aquello, ni pensaba que en otra pieza alguna tal cosa estuviese.

—Presto se verá eso —dijo Domingo—, y desdoblando dos de en las que habían puesto las bolsas, las hallaron y vieron ser como la que habían visto.

Con esto, dejando la compra los dos camaradas, dijeron que resueltamente iban a dar cuenta al Santo Oficio [...][35]

---

[35] ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO, *El Proteo de Madrid (1625)*. Novela picaresca incluida dentro de la obra del mismo autor *Las tardes entretenidas*. Manejo la edición de Francisco Gutiérrez Carbajo contenida en *Relatos de Madrid (siglos XVII-XIX)*. Madrid: Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid, 1999. No contentos Carranza y Domingo con el hurto inferido al comerciante lisboeta, marchan a Évora camino de España, y allí amedrentan a otro mercader, "que trataba de por junto" [al por mayor], con una artimaña no pequeña: "[...] Vino brevemente con ellos a la posada y de la misma manera que había hecho Domingo con su huesped les tomó juramento (a los criados) y hizo varias preguntas si sabían que su amo guardaba ritos y ceremonias de otra ley, a que ninguno de estos, ni otros en que después juraron en la fingida información, dijo en contra del mercader [...]. Si bien el cauteloso comisario les decía que era cosa muy averiguada y dicha por todos los criados que su amo judaizaba" (pp. 65 y ss.).

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

El texto que hemos leído no tiene desperdicio y en él encontramos mencionadas esas bolsitas encarnadas, contenedoras de amuletos y *fechizos*, que más adelante saldrán a colación al hablar de la camisa femenina.

Volvamos al marco norteafricano que nos ocupa para decir que el encargado de cortar y montar las ropas masculinas ya descritas fue el *mahalém*, palabra que en árabe significa maestro, artesano. Y como poco a poco el judío sefardí de Marruecos fue abandonando el *zaragüel* oriental por el pantalón europeo, al que llamaron *carsón*, aquellos sastres locales, acostumbrados sólo a *agujear* (coser) las prendas con las que habían convivido, se vieron a veces en apretadas situaciones como la que nos relata esta anécdota:

> Era un señor que se vestía muy bien, que se vestía ya a la occidental, y tenía un amigo que era sastre de lo antiguo, que era mahalém, y era una desgracia lo que hacía con los trajes, el pobre hacía lo que podía. Se encontró con su amigo y llevaba un paquete en la mano, y le dice: —Esto será un corte de traje que me traes para hacerte—. Entonces el otro se vio comprometido, y le dijo que sí. Y dice el otro: —Bueno, yo te avisaré cuando vaya a cortarlo—. A los dos, tres días, le llama y le dice: —Ven, que vamos a cortar el traje—. Vino, le puso las tijeras y le dice: —Tú, y tu mazal, o sale carsón, o sale zaragüel—[36].

Pero los ternos europeos de pantalón, chaleco y americana resultaban inalcanzables para muchos *mancebitos* que intentaban gallear ante las *al'azbas* [mozas] vestidos *a la flamenca*. En ciudades como Tánger, donde la población española era muy elevada ya a comienzos del siglo XX, se conocía la *dita*, llevada allí sin duda por los comerciantes españoles, generalmente andaluces. Esta *dita* fue la antecesora de la venta a plazos que después se generalizó en el mercado occidental, y a través de los *diteros* el público accedía a prendas de vestir, quincallas o alhajas de poco precio, a cambio de una pequeña entrega en metálico, e incluso a veces en especie, que semanal o mensualmente pasaba a recoger el *ditero*. La chispa creadora de las clases populares sacó inmediatamente cantares al respecto:

> Los niños del Bulevar presumen de gabardina
> y cuando *iega* el ditero se esconden en la cocina.

Otros, ante el apremio de la moda, compraban sus galas en la *yotía* [rastrillo], que algunos prenderos norteamericanos instalaron en la calle

---

[36] Informes dictados por Moisés Bengio Bengio, de 80 años de edad, nacido en Tánger. Fue entrevistado en Madrid el día 6 de febrero de 2004 por J. M. Fraile Gil y P. López de Miguel.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

tangerina dedicada al santón musulmán que es patrón de la ciudad, Sidi Buarraquía. Y por ello surgió esta estrofa:

Los niños del bulevar presumen de *cueio* duro
y en la *caie Borraquía* los *arquilan* por un duro[37].

El atuendo femenino de la sefardí marroquí no permaneció ni mucho menos estanco durante los cien años que he delimitado para mi estudio. Las hebreas de Tánger, Arcila o Larache fueron poco a poco abandonando la castiza estampa que les prestaban el entallado *casó* y la campanuda *giraldeta* por el aspecto más vulgar que les dieron la falda redonda y la holgada blusa, pareciéndose con ello cada vez más a las mujeres de la clase obrera, que por entonces se agolpaban en el gris anonimato de las ciudades europeas. En las líneas que siguen iremos revisando el contenido de los baúles que las sefardíes tuvieron desde mediados del siglo XIX hasta la mitad del XX.

Como ya comenté —al describir la ropa del hombre— la camisa fue la prenda interior que rozaba el cuerpo y servía, llegada la noche, para abrigar el descanso. De las viejas camisas, holgadas y de manga larga, que debieron gastar las bisabuelas de mis informantes, apenas si he podido dibujar su descripción a partir de los trazos que, ya muy difuminados, guardaban éstas en su memoria: "Mi abuela vivía todavía en la judería, que nosotros ya no. Nosotros vivíamos en el ensanche de Tetuán. Bueno, pues mi abuela que ievaba su mejerma en la cabeza, y eso..., se ponía una camisa blanca, con el cueio redondo y con la manga larga, con su puño y todo, ansina, y me acuerdo que dormía ansí" [38]. Entre las clases adineradas, ansiosas por adoptar la moda occidental, las camisas femeninas comenzaron a poblarse enseguida de puntillas y perifollos que les fueron alejando de los modelos tradicionales, para convertirlas en auténticas *robe de chambre* propias de los más refinados *trousseaus* parisinos.

---

[37] Esta estrofa y la anterior fueron cantadas por Ginette Benabu, acompañada a la *darbuqqa* por su hijo Jacky Benabu y a la *sonaja* (pandereta) por Menashe Elbaz. Fueron grabadas en Jerusalén el día 31 de enero de 1984 por S. Weich-Shahak. El *Bulevar* al que se refiere la canción es el tangerino *Boulevard Pasteur*, lugar por donde todas las clases sociales de aquella ciudad internacional paseaban para dejarse ver; existía ya su prolongación, el *Boulevard Anteo* (hoy *Mohamed V*), pero estaba entonces solitario y todavía lleno de arenales. En cuanto a la calle Buarraquía se encuentra en ella la entrada a un enorme cementerio donde está enterrado el Santo de Tánger, pero su monumento funerario queda más cercano a la calle Hasan II.

[38] Informes dictados por Raquel Garzón Serfati, de casada Israel, de 71 años de edad. Nacida en Tetuán, fue entrevistada en Madrid el día 23 de enero de 2004 por J. M. Fraile Gil y S. Weich-Shahak.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

Pero hubo allí décadas antes unas camisas rayadas de manga amplia y sin puño, que descubrimos hoy en las fotografías más en sepia de cuantas han llegado a nosotros. En esas imágenes decimonónicas las retratadas muestran a partir del codo unas amplias mangas por debajo del *casó* o prenda de busto, del que hablaremos más tarde. Esas camisas eran descendientes de las que habían hecho furor en la España de los siglos tardomedievales y que aparecen en los documentos con los nombres de *moriscas* o *alcandoras*, su uso estuvo muy generalizado entre cristianas y judías indistintamente.

Pero la falta de noticias sobre las camisas de diario, hechas en tela fuerte, probablemente lienzo, y *desprovistas* de adornos, se ve un tanto paliada por la gran cantidad de menciones que de la camisa femenina hace el cancionero judeo-español de Marruecos. En un romance eneasílabo muy cantado en las bodas —y al que habré de referirme varias veces en este apartado- la protagonista, requerida de amores por un *mancebo* en el *locus amoenus* de la fuente donde va a por agua, vuelve a casa para engalanarse. Y así comienza su aderezo:

....
—Táte, táte, tú, el caballero, déjame me iré a mi casa,
me lavaré mi lindo y cuerpo, me pondré camisita blanca
.... [39]

Para acompañar el baño ritual de la novia hubo también canciones que insinúan la desnudez total de la desposada, quien —cosa inusual por entonces, como ya comenté en algún lugar de este trabajo— debía despojarse incluso de la camisa ante aquellas que la acompañaban, pues el precepto religioso indica que la novia judía tiene que zambullirse completamente tres veces en el *mikwé*, lugar donde el agua corra libremente. Un texto tetuaní dice:

Que si te fueres a bañar, novia, yeva a tu madre, no vayas sola,
para quitarte la tu camisa, para meterte en l'agua fría.
Que si te fueres a bañar, novia, yeva a tu suegra, no vayas sola,
para ponerte la tu delgada, para meterte en l'agua clara

(Alvar 1979: 158-159, n.º 187).

En este poema de estructura paralelística descubrimos el epíteto *delgada*, equivalente a delicada y sutil, en alusión al género de tela casi vaporoso con que procuraban hacerse las prendas más íntimas del ajuar

[39] Versión cantada por Ester Davida, nacida en Tánger, y su familia. Fue grabada en Ashdod (Israel), el día 10 de julio de 1978. (Cf. Weich-Shahak 1989: 40 y 41).

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

nupcial. Si tomamos como referente las camisas interiores que por entonces llevaban las aldeanas españolas y portuguesas, podemos adivinar que las usadas por nuestras judías debieron ostentar una abertura en la parte delantera, hasta la media tabla del pecho; a fin de agrandar el hueco de la cabeza y vestirlas así por arriba con mayor facilidad.

Puesta ya la camisa, se cerraba con un botoncito de hilo, o en su defecto con dos cabos de cinta atados con una lazada. Y a esta lazada alude un romancillo titulado *El marido disfrazado*, que comienza precisamente cuando la suegra conmina a su nuera a que abandone el lecho:

Mi nuera, mi nuera, mi nuera garrida,
texerís las cintas de vuestra camisa,
que vuestras iguales ya las tienen texidas
y tú, la mi nuera, tapada y dormida
.... [40].

En la camisa —que como ya dijimos, era casi una segunda piel— prendían a veces una bolsita de tela encarnada, cosida y bien cerrada por sus cuatro aristas, encerrando en ella una porción de amuletos contra el mal de ojo o *ainará*: "Mi tía, que era una mujer muy metida en las tradiciones nuestras, llevaba —que lo encontrí yo cuando ella faltó— prendida a la camisa una bolsita de tela roja, y dentro, que yo lo abrí, había unos papelitos escritos en hebreo y unas piedrecitas de colores y alguna cosa más que no recuerdo" [41]. El poder de la letra escrita, que tenían aquellas filacterias, se veía reforzado por el color rojo de carácter apotropaico de la tela que las envolvía, haciendo de ese amuleto —a ojos de quienes lo llevaban— un protector infalible.

Cerrada ya la camisa, se vestían las antiguas judeo-españolas de Marruecos una chaquetilla abierta y ajustada al talle, que dejaba ver por delante una pieza de tela. Al respecto dice el doctor Ovilo: "El *casó* es una chaqueta entallada que se cierra cerca de la cintura, para dejar ver la *punta* que se lleva en el pecho sobre la ropa interior. Las mangas del *casó* son cortas para que puedan lucirse los brazos; gasas transparentes,

[40] Versión cantada por Marcelle Benchimol Evidia, de casada Cohen, nacida en Casablanca en 1936, de familia tangerina. Fue entrevistada en Bat-Yam (Israel) el día 17 de mayo de 1996 por S. Weich-Shahak.

[41] Informes dictados por Sonia Cohen Toledano, de casada Azaguri, nacida en Tánger hacia 1940. Fue entrevistada en Madrid el día 26 de abril de 2004 por J. M. Fraile Gil. Se refiere a su tía Licy Toledano Bensaquén, nacida en Tánger hacia 1895, y de ella heredó también Sonia una *jamsa* o mano abierta hecha en oro bajo y un creciente lunar del mismo metal, ambos amuletos llevaban una argolla para poderlos colgar al cuello.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

tejidas de seda y con algunos hilillos de oro, y graciosamente recogidas, las sustituyen". De esta chaquetilla que describe Ovilo no conozco paralelos en la indumentaria tradicional española, pues únicamente las mujeres levantinas vistieron jubones cuyas mangas llegaban sólo hasta el codo, pero estos *gipons* eran prendas muy entalladas y cerradas casi hasta la garganta. Ahora bien, chaquetillas de manga larga abiertas por delante, muy semejantes al *casó*, llevaron las cántabras y burgalesas, y tanto unas como otras colocaban, al igual que nuestras hebreas, un pedazo de tela sobre el pecho para ocultar la blancura de las prendas interiores[42].

No sé de dónde provenga la palabra *casó*, pero en la época tardomedieval en los reinos hispánicos llamaban *cos*, plural *coses*, a una prenda de busto a la que a veces se le añadían unas mangas y de la que procede el diminutivo *coselete*. En época más tardía parece evidente su parentesco con el término *casaca*, prenda masculina que estuvo muy en boga durante todo el afrancesado siglo XVIII. El Diccionario señala que no existe una raíz conocida para este vocablo, pero en algunos cuadros de aquella centuria se ven mujeres portando casaquillas que de cierta manera recuerdan al entallado *casó*, que tanta gracia daba a las sefardíes del Magreb.

Respecto a los paralelos que en España tuvo la *punta*, señalaré que algunas campesinas de Asturias, las *vaqueiras de alzada*, llevaban también un trozo de tela que afirmaban al pecho con los cordones de un justillo exterior sin mangas, y que, procuraban, fuera de un color fuerte y diferente al que tenía la prenda que sujetaba esta *facha*, nombre que daban a la tal pieza: "[...] se cubren únicamente [sobre la camisa] de cintura para arriba con un justillo debajo de cuya parte anterior colocan un trozo de bayeta de color encarnado o verde"[43].

---

[42] Este trozo de tela, que dice Ovilo se llamaba *punta*, recibía entre las pasiegas de Cantabria el nombre de *peto* y —dada la condición de nodrizas que muchas mujeres de aquel Valle desarrollaron en toda la geografía española— era pieza que con facilidad podía soltarse de la chaquetilla que las pasiegas presumían cuajada de alamares y monedas de plata. Sobre la indumentaria tradicional del Valle pasiego véase Cotera 1999: 105-132). Y sobre la chaquetilla y el peto de las nodrizas pasiegas véase Fraile Gil (2000: 44-58).

[43] Infanzón (1882). Con anterioridad fue publicado el mismo artículo en el periódico *La mañana*. Cf. Baragaño (1977: 102). El mismo autor en la página 104 incluye la descripción que sobre este asunto daba Acevedo y Huelves (1893), basándose en la noticias que le proporcionó una anciana vaqueira de 70 años, vecina de Leiriella (Luarca): "Las vaqueiras vestían camisa plegada o rayada sin cuello, con botón de hilo; justillo o cotilla escotada por delante, con *facha* (pedazo de franela de color, que se coloca entre el justillo y la camisa para tapar el escote)". Véase también lo dicho por Argüelles (1986: 264-265): "La cotilla, por otro nombre justillo o corpiño, muy

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

De la cintura hacia abajo vistieron antaño las sefardíes de Marruecos una prenda, harto interesante, en la que habré de apoyarme para buscar ciertas raíces hispánicas de la pieza que vamos describiendo: "La *giraldeta* es una falda semejante al mantelo de nuestras provincias del Noroeste, abierta por delante, pero de tal corte, que estando puesta se cubre perfectamente la orilla interior y no forma la menor arruga; una faja fuerte de la mejor seda entretejida de oro sujeta la falda y las caídas de *juaya*" (Ovilo 1881: 210). El antiguo traje festivo recamado en oro que describe Ovilo fue poco a poco convirtiéndose en una reliquia del pasado y que, ya completamente fosilizado, aparecía tan sólo en las complejas ceremonias de la boda judía. Fenómeno parecido al que acontece en España con los complejos y recargados trajes tradicionales que hoy salen sólo de las arcas con motivo de celebraciones o encuentros folclóricos más o menos afortunados. Pero hubo *casós, puntas* y *giraldetas* confeccionados con telas más sencillas y sin adornos para uso cotidiano, en cuyo estudio quiero ahora detenerme. De la *juaya*, pieza de tela rectangular colocada en la parte trasera y ajustada a la cintura —acaso relacionada con los mandiles traseros que usaron las maragatas leonesas a las que tanto hemos de referirnos—, no he encontrado referencias entre la ropa de diario, y acaso sea la única pieza del traje femenino de cuantas enumera Ovilo que fue propia sólo del atuendo festivo recamado en oro.

La falda envolvente llamada *giraldeta* sí sabemos que fue prenda de diario[44] y que tuvo sus paralelos cercanos en las faldas abiertas que con muy buen ojo situaba ya el doctor Ovilo, a finales del siglo XIX, en el Noroeste peninsular. El dominio de estas prenda se extendía entonces en España por toda Galicia, Asturias, Palencia, Burgos, Zamora, León y Salamanca, llegando incluso hasta las provincias de Cáceres, Ávila y Segovia[45]; pero en lo que no estuvo muy acertado nuestro buen doctor

---

abierto por delante. Color oscuro preferentemente. Para cubrir la parte que dejaba ver la camisa usaban indefectiblemente de la facha, pieza de tela de igual color que velaba honestamente la pechera".

[44] No quedan testimonios orales sobre el uso de esta prenda. Luis Antonio de Vega (ver nota 17), en su novela *Amor entró en la judería*, al pintar la imagen de una judía anciana que ora ante la tumba familiar, dice: "[...] La chiraldeta —falda abierta por delante— estaba ajada, y el único lujo de la hebrea lo constituía el pañuelo de seda multicolor con que se cubría la cabeza" (Vega 1944: 8).

[45] En Asturias hubo *manteos* abiertos en el Occidente de aquellas tierras y también entre las vaqueiras, que como vimos usaban también la *facha*, prima hermana de la *punta* sefardí de Marruecos: "Una de las prendas más peculiares que si, en principio, hubo de ser de general uso, redújose bien pronto hacia el Occidente y conservada entre nuestras vaqueiras, ya que no es otra que el llamado manteo. Esta prenda

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

FIGURA 5.—*Esposa de Yehuda Benmergui.* Tetuán hacia 1900. La señora Benmergui nos muestra el *casó* de mangas hasta el codo, y una *giraldeta* de diario donde las franjas doradas se han sustituido por una pieza de tela de color diferente. Catálogo de la Exposición *Los judíos en Marruecos.* Museo de la Diáspora de Israel.

fue a la hora de identificar la *giraldeta* con el *mantelo*, pues éste es prenda que se superpone a las faldas abiertas a modo de sobremanteo en alguna de las regiones ya comentadas. El *mantelo* es pariente de la *moradana* que llevaron las sanabresas de Zamora y, dependiendo de las zonas, caía más o menos amplio sobre la falda abierta que suele denominarse en España *manteo*, *zagalejo*, y *rodao* en algunas comarcas leonesas. En esta

---

no es más que una falda que envuelve la parte inferior del cuerpo a manera de enorme mandil, atada sobre la falda a la cintura con cintas, bordeada con cenefa, algunas de terciopelo, otras más o menos modestas, bajo el mandil, dábales a aquellas mujeres un aire muy donoso a su atavío" (Cf. Argüelles 1986: 267). En Cantabria encontró Gustavo Cotera un *manteo* abierto en el Valle de Polaciones (Tresabuela) del que alberga serias dudas sobre su procedencia; y algunas noticias literarias sobre esta prenda en el Valle de Toranzo. En Burgos vistieron *manteos* de este tipo las del Partido de Castrojeriz (Pedrosa del Príncipe,Vallunquera); y hasta el pueblo cacereño de Cabezabellosa llegó el imperio de estas faldas abiertas. Fueron también conocidas en El Barraco y Piedrahita de Ávila, y formaron parte de algunos trajes de Valladolid y Segovia.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

última provincia forma parte de trajes tan complejos y arcaizantes como el que lucían las maragatas. Concha Espina describe así el pintoresco atuendo de una joven en traje de fiesta: "Lleva la niña el clásico manteo usado en varias provincias españolas, falda de negro paño con orla recamada, abierta por detrás sobre un refajo rojo..." (Espina 1914). Y Galdós, cuando enumera las prendas que componen el traje rico de charra salmantina, dice: "Principie usted por dejar su guardapiés de amazona, y póngase el manteo, es decir, una larga pieza de tela que se arrolla en el cuerpo, como la faja que ponen a los niños...". Está bien traída la comparación que establece don Benito entre las mantillas de paño, que enrrollaban al niño de teta, sujetas al cuerpo por un *fajero*, y la falda envolvente ceñida a la cintura —de las judías que nos ocupan— por una lujosa banda de seda cuando vestían el traje de fiesta y por una cinta ordinaria cuando se vestían los días de trabajo.

Sólo en la memoria de los ancianos más observadores queda aún el recuerdo de esta *giraldeta* ajustada al talle por una franja de tela que llamaban ***kušaka***: "La kušaka la llevaban las más antiguas, las que se vestían de más antiguo, y les dejaba la cintura finita, muy apretada; pero ya mi abuela, por ejemplo, llevaba sayas" [46]. Como es natural, las mujeres no se ceñían a diario con una rica faja de seda para hacer con ella los recados y quehaceres domésticos; seguramente las ***kušakas*** ordinarias serían de algodón o lana, al igual que sucedía en España como veremos más adelante. La poesía tradicional sale otra vez a nuestro encuentro para apoyar esta idea. En una versión melillense del romance que ya comenté al hablar de la camisa, leemos:

....
—Tate, tate, tú el caballero, déjame irme para casa:
lavaré mi lindo cuerpo, pondré camisita blanca;
me tocaré mi cabecita con una toquita morada,
me ceñiré mi cinturita con una cinta de lana

(Alvar 1979: 160, n.º 191).

En otra versión tangerina de este romance nupcial que nos es ya tan conocido, encontramos mencionado este fajero con la palabra que le asigna la *jaketía*, y que ya escuchamos en el testimonio oral precedente:

....
—Tate, tate, tú, el caballero, déjame me iré a mi casa,
me lavaré mi lindo y cuerpo, me pondré camisita blanca,

[46] Informes dictados por Lea Tapiero Vivas, de casada Benelvas, natural de Alcázarquivir. Fue entrevistada en Barcelona en el mes de Febrero de 2004 por S. Weich-Shahak.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

FIGURA 6.—*Familia sefardí de Arcila en 1930.* Lleva la madre un *casó* sin mangas que deja ver bien la punta que le cubre el pecho; contrasta su *panuelo levado* y su recamada *giraldeta* —tan del gusto oriental— con el atuendo europeo de sus retoños. El padre —como ya era común en aquellos años— ha trocado su *zaragüel* por un pantalón largo y las babuchas por el zapato europeo, pero de rodillas arriba sigue llevando el traje de sus antepasados. Catálogo de la Exposición *Los judíos en Marruecos.* Museo de la Diáspora de Israel.

FIGURA 7.—*Mujer de Alcázarquivir hacia 1930.* La moda europea se deja ver en el peinado y el reloj que adorna la muñeca de esta señora, que calza, eso sí, unos zapatos bordados de inspiración local. *L'art de vivre morocain. Traditions et coutumes des communautés musulmanes et juives.* París, 1981.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

me ceñiré mi cinturita, con una kušaka morada.
.... [47]

Pero los sefardíes oriundos del antiguo Imperio Otomano usan también la palabra *kušaka* en sus variantes *cusak* y *kušak* para denominar cualquier tipo de faja que ciñe la cintura [48].

Si la *giraldeta* era pariente cercana de *manteos* y *rodaos*, la costumbre de ceñírsela a la cintura con una banda de tela puede aún rastrearse en ciertos trajes tradicionales españoles de los más castizos que, más o menos maltrechos y desfigurados, salen aún de las arcas en las fiestas y regocijos locales. En el traje femenino de Lagartera (Toledo), emporio altanero de galanura en el vestir tradicional, se ponían una banda que denominaban *faisa*: "...colocada alrededor de la cintura, se ciñe y sujeta con el ceñidor, de manera que quede ésta bien apretada, sin que moleste, para que las demás prendas no se resbalen de la cintura..." (Herráez 2000). Y en el antañón atuendo que llevaban las maragatas de León descubrimos una pieza semejante: "El rodo se sujetaba y ceñía a la cintura con el orillo, una especie de fajero de lana o estambre de unos diez a quince centímetros de ancho y de tres a cuatro varas de largo. Estos fajeros tenían en los extremos una cinta para atar a la cintura, después de dar con el fajero varias vueltas" (Casado 1991: 389) [49].

En la América hispana encontramos también sayas ceñidas a la cintura por una banda de tejido, pero mientras que en Guatemala la *faja* sujeta el *corte* —un rectángulo de tela de origen claramente precolombino (Holsbeke y Montoya 2003)—, en Ecuador queda patente la influencia española, pues la *faja* ajusta el *centro*, un refajo fruncido de estilo peninsular (Imbabura 1988).

La diferencia fundamental entre el *manteo* español y la *giraldeta* que llevaron estas hebreas estriba en que, mientras aquél encuentra hoy sus dos extremos a la espalda de su portadora, la falda sefardí monta en el frente el lado izquierdo sobre el diestro en una línea vertical que coincide con la pierna derecha. Sólo en ciertos apuntes que han llegado hasta nosotros referentes a la indumentaria peninsular más arcaizante —tal es

---

[47] Versión cantada por Ester Davida, nacida en Tánger, y su familia. Fue grabada en Ashdod (Israel), el día 10 de julio de 1978. Cf. Weich-Shahak 1989: 40 y 41).

[48] En otra versión manuscrita en el siglo XVIII procedente de Sarajevo del romance *La vida en la galera* (í) leemos: Este mal de la galea, / no lo puedo somportar. // que me mande cusak de oro / que lo olvidí onde el cuyuní. (Cf Armistead 1978, vol 1. H19.1: 304).

[49] Al hablar de La Cabrera dice: "En La Cabrera baja usaban también el ouriello de la misma forma que en Maragatería".

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

el caso del Aliste zamorano- podemos sospechar que acaso hubo también en España faldas abiertas que se encontraban a un costado de quienes las vestían: "Salvo dos versiones que creen que montaba al derecho, la mayoría se inclina porque lo hacía al izquierdo, poniéndose todos de acuerdo en adjudicar al rodao remotísimo origen" (Cotera 1999: 174).

Así vio Andersen en 1862 a una jovencísima madre tangerina en el viaje que ya he comentado: "Ostentaba una saya verde de terciopelo recamado en oro, abierta por delante, dejando ver un ropaje de seda blanco..." (Andersen 1991: 79). El danés describe un traje de fiesta que, sin ornamentos dorados, debió de ser el mismo que verían a diario los paseantes del Zoco Chico, del *Guardajardán* tangerinos o del Tetuán de aquellos años donde sitúa Galdós el retrato de esta otra judía, cuya *giraldeta* nos interesa ahora sobremanera: "...Y otra túnica azul con una franja delantera y vertical bordada de oro..." (Pérez Galdós 1945: 231).

El parentesco cercano entre *giraldetas* y *manteos* quedaba tan patente que incluso autores como Ovilo, que poco o nada sabían del vestido tradicional, lo percibieron. En un magnífico estudio sobre la indumentaria en la corte de Isabel y Fernando encontramos ya la presencia de estas faldas abiertas, que las judías ricas y pobres debieron de ver y usar en los años inmediatos al Decreto de Expulsión, y que se llamaban entonces *faldetas, faldillas* y *faldrillas*. Dice así Carmen Bernis:

> Nombre de las faldas interiores que usaban las mujeres, visibles sólo cuando se levantaban la falda de los vestidos. Se diferenciaban de las basquiñas o faldas exteriores en que eran, al parecer, faldas abiertas y montadas sobre sí mismas (con la excepción de las faldillas con verdugos que eran cerradas). Su carácter de faldas interiores queda claro en el *Tratado* de Fray Hernando de Talavera, escrito en 1477: «El traher de las faldetas [...] fue inventado para las siervas que cuando se ocupan de los servicios y oficios humildes alzan y remangan las faldas de las sayas porque no se les haya de ensuciar, y para guardar honestidad y quedar cubiertas las piernas, suplen allí las faldetas de vil y grueso paño»; a continuación se lamenta del lujo desplegado en las faldetas, habiendo sido inventadas para un uso tan humilde. Uno de los pecados que se cometen «en la demasía en el vestir», según este fraile, es «quando las dueñas visten faldetas fasta tres pares de ellas». La costumbre de ponerse unas faldetas sobre otras se confirma en la descripción que un poeta anónimo hace del traje ideal de una dama, compuesto de camisa, faldillas, brial, ropón y tabardo. Tras indicar cómo ha de ser la camisa, el poeta escribe: «Unas delgadas faldillas / galanas, lindas y netas / mejores no se decillas / que ponen luego sencillas / todas las damas discretas. / Han de ser bien apretadas / para que puedan sofrir / a las otras más pesadas / que encima suelen venir» (*Cancionero General, II*. Pág. 39)....

Más adelante incide la autora en documentar la forma abierta que debieron tener las faldas que ahora nos interesan:

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

> Los indicios de que también las faldetas del siglo XV eran faldas abiertas y montadas, son los que expongo a continuación. Cuando, en las cuentas del tesorero de la Reina [Isabel I], se paga por una faldilla y por una basquiña para la misma persona en una misma nómina, siempre hay una diferencia en la cantidad de tela empleada, a favor de la faldilla. Por ejemplo, a la Infanta Juana, a sus ocho años, le compraron dos varas de grana para una basquiña y una faja, y cuatro varas de cetí turquesado para una faldilla; a la Infanta María, de cinco años, le compraron dos varas de florencia para una basquiña y una faja, y tres varas y tres cuartas de terciopelo para una «faldrilla»; a Juana, a los dieciséis años, se le hace una basquiña con siete varas de cetí blanco y una faldrilla con ocho varas de raso negro. Si recordamos que una saya común para una mujer adulta se podía hacer con sólo cuatro varas de tela siendo un traje compuesto de cuerpo y falda, la cantidad de tela empleada en las faldillas sólo encuentra explicación si eran faldas que montaban sobre sí mismas. No cabe pensar que fueran faldas que arrastraran varios palmos por el suelo como los briales, porque, entonces, con brial y faldilla hubiera sido totalmente imposible andar [...] Fray Hernando de Talavera cuando se refiere a faldetas que hacían el oficio de delantales [...] nos lleva también a imaginarlas como faldas abiertas y montadas (Bernis 1979, II: 85, 86 y 87).

Carmen Bernis nos informa también de cómo cien años más tarde la palabra *manteo* empieza a convivir ya con las *faldetas* que conocimos en tiempo de la Expulsión:

> El *faldellín* o *manteo* era la primera prenda que se ponían las mujeres sobre la camisa. En los libros de sastrería estos dos nombres se usan indistintamente para la misma prenda. Estos libros a veces emplean la expresión *manteo de mujer*, ya que existió un *manteo de hombre* de corte parecido, pero de uso muy diferente [...] Las mujeres usaron dos modelos diferentes de *faldellines*: uno consistía en una falda que montaba sobre sí misma; el otro, llamado *faldellín francés*, se componía de cuerpo y falda formando un todo. El primero es descrito por Covarrubias: «las faldillas, faldetas o faldellín son la mantilla larga que traen la mujeres sobre la camisa, que sobrepone la una falda sobre la otra, siendo abiertas, a diferencia de las basquiñas y sayas, que son cerradas y las entran por la cabeza[50]». Los libros de sastrería de 1580, 1618 y 1640 dan patrones para *faldellines* o *manteos* como el descrito por Covarrubias, cortados como un semicírculo, con una escotadura semicircular en la parte correspondiente a la cintura. Estos patrones y la definición de Covarrubias dejan claro que el *manteo* o *faldellín* montaba sobre sí mismo, por lo cual, a diferencia de las basquiñas, no quedaba plegado en la cintura. Rocha Burguen da, además, patrones para un *faldellín* circular, al que llaman *faldellín rodado* y *faldellín de vuelta*: éste quedaría más montado y con más vuelo que los cortados en forma semicircular[51].

[50] Ver Covarrubias (1995: 535).

[51] Bernis (2001: 211). La autora añade además: "Siendo el *faldellín* una falda abierta, que extendida tenía forma circular o semicircular, se explica que en una comedia de Lope de Vega una joven se lo eche por los hombros para asomarse a un mirador: «Yo me levantara un lunes / un lunes de la Ascención / [...] / para ver si amane-

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

Pero como toda falda abierta deja ver, al entreabrirse con el movimiento, la saya *bajera*, solían las mujeres ahuecar la campanuda silueta del *manteo* o de la *giraldeta* con una o varias faldas redondas. Son los refajos encarnados que coloreaban al abrirse el negro *manteo* de las maragatas leonesas que hemos visto describir a Concha Espina; y deben ser también los "ropajes de seda" que atisbaba Andersen bajo la delicada *giraldeta* de la mujer tangerina que tanto le impresionó. Como la estética tradicional otorga a cada prenda, a cada botón o a cada cinta un papel insustituible, cada pieza debe ocupar el puesto que les consagró la tradición y el uso, aunque no se vean a primera vista. Seguramente serían enaguas —que las más ricas se harían con seda— y refajos los que ahuecaban las campanudas *giraldetas* envolventes que ya hemos descrito, y que poco a poco se fueron abandonando para adoptar la saya redonda fruncida en la cintura y de uso común en el Occidente europeo. Al igual que sucedió en la Península Ibérica, el complejo *manteo* abierto, e incluso el cerrado de fuerte paño, dio paso a la sayas de tela negra y ligera, salpicadas aquí y allá por discretos ramitos o lunares, que alegraban un tanto aquella severidad tan cercana al luto. Así pues en la memoria colectiva de las personas que he ido entrevistando no quedan sino el recuerdo de unas ancianas que vestían ampulosas *sayas* y que al tiempo de sentarse dejaban columbrar el filo de otras faldas interiores que llamaban *jaldas*. Pero lo más corriente entre las mujeres de los *aniyim* (pobres) debió ser el uso de las *naguas* sencillas, hechas con tela blanca muy fruncida a la cintura, superpuestas a veces en número de dos o tres, según el gusto y las posibilidades de su portadora. A estas *naguas* se refiere un romance burlesco, asonantado en ó, que describe un encuentro sexual plagado de *hazzifudes* (picardías):

> Entrí por una *caleja*, salí por un *calejón*,
> *no sé porqué, ni porqué no, eia lo sabía, pero yo no*;
> eia se metió a su casa, a su casa me entrí yo,
> eia se subió a la cama, a la cama me echí yo,
> eia se quitó las *naguas*, carzones me quití yo,
> ..... [52]

Pero sobre esas *naguas* sencillas debieron echarse —las más preocupadas por su aspecto— un *refajo* bastante más historiado: "Mi abuela le-

cía / me puse a un mirador, / sobre los hombros revueltos / un *faldellín* de color». *La locura por la honra.*

[52] Cantado por Reina Benaín, de casada Ifgui, nacida en Tánger en 1916. Fue entrevistada en Madrid el día 17 de noviembre de 1995 por J. M. Fraile Gil y S. Weich-Shahak.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

vaba sayas grandes y debaxo un refaĵo blanco con un volantito por embaxo, con algunos bordados: ése era el refaĵo" [53]. Estos *refaĵos* debieron estar muy influenciados por los que, a comienzos del siglo XX, gastaban las andaluzas hechos de percalina y, años más tarde, fabricados en *punto inglés*[54].

Sobre aquellas *jaldas* blancas se echaban, ya a última hora, la *saya* de tela generalmente oscura; y en esto coinciden plenamente cuantos testimonios hemos recogido. Es importante anotar que todos los informantes contestaron a mis preguntas sobre el delantal, afirmando que se trataba de una prenda exclusivamente usada en el interior de las casas para realizar las tareas domésticas. Ninguna hebrea hubiera cruzado el *melah* (judería) de Arcila, Tetuán o Larache con un delantal puesto sobre la *giraldeta* o la *saya*; y en esto en nada coincidían con las cristianas de la Península, pues el delantal fue para la indumentaria tradicional española no sólo una prenda de adorno, sino también un baluarte defensivo colocado sobre el sexo de la mujer, adornado siempre con el mayor esmero y decorado a veces con motivos vegetales o animales directamente relacionados con el tema de la fertilidad.

Entre aquella balumba de telas y *jaldas* llevaban las hebreas un escondrijo para sus *jaĵitas* (menudencias) que llamaban *haldiquera*. Era un bolsillo bastante profundo que tenían las sayas: "Yo me acuerdo que era largo, largo, porque cuando metían la mano para llegar al fondo, tenían que agacharse" [55]. Pero también llamaban *haldiquera* a la abertura en forma de ojal, o manera que tenían las *giraldetas* ricas del traje de berberisca. La palabra *haldiquera* es hermana de los términos *faldriquera, faltriquera* y *fartriquera*, con que se conoce en España a este tipo de bolsillo. El maestro Covarrubias incluye en su *Tesoro* varias descripciones de esta prenda, que era en su tiempo, tanto para uso de hombres como de mujeres; y así debió seguir siéndolo entre los sefardíes a juzgar por un canto de boda que dice:

---

[53] Informes dictados por Lea Tapiero Vivas, de casada Benelvas, natural de Alcázarquivir. Fue entrevistada en Barcelona en el mes de Febrero de 2004 por S. Weich-Shahak.

[54] Una canción satírica sobre las nuevas modas y *hajubas* (novedades) llegadas a Tánger dice: *Desque vino la moda / de los refaĵos / parecen las al'azbas / escarabaĵos.* Cantada por Ginette Benabu, acompañada a la *darbuqqa* por su hijo Jacky Benabu y a la *sonaja* (pandereta) por Menashe Elbaz. Fue grabada en Jerusalén el día 31 de enero de 1984 por S. Weich-Shahak.

[55] Informes dictados por Simona Jalfón, nacida en Tetuán. Fueron grabados en Holon (Israel) el 25 de marzo de 1993 por J. M. Fraile Gil y S. Weich-Shahak

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

Cuando yo en ca de mi padre peinaba rubios cabeios
y ahora, en ca de mi novio, ya no me resmiro en eios,
me resmiro en su jaldiquera y en los sus dulces dineros[56].

Así como entre los hombres no fue corriente el uso de medias ni calcetines hasta que adoptaron el calzado occidental, las mujeres —a causa del pudor— debieron de cubrir casi siempre las pantorrillas con medias que no he podido saber si fueron de algodón o de lana. Pérez Galdós nos cuenta que Mazaltob quiso occidentalizar su atuendo para presentarse ante el protagonista de su novela; y para ello: "...Llevó aquel día la israelita medias de seda, como tributo a la civilización de Europa" (Pérez Galdós 1945: 231), y eso que vestía en aquella ocasión una ostentosa *giraldeta* azul bordada en oro y adornaba sus orejas con unas enormes *aljorzas* del más puro estilo berberisco.

El calzado femenino se diferenció poco del que usaban los hombres. Llevaban las mujeres *mešayas* sin talón para *selquear* (ir tirando), y también *sherviles* (palabra árabe cuyo plural se ha hecho a la manera española a partir del singular *shervil*, pues en árabe se diría los *srabel*). Eran éstos también de estilo moruno, pero llevaban el empeine bordado en oro o plata sobre un terciopelo oscuro y, como es lógico, se reservaban para fiestas y regocijos. Con las modas europeas llegaron también a las juderías las botas de botones y los zapatos abotinados que comprimían el pie haciéndole más pequeño: "En tiempos de mi abuela las mujeres levaban babuchas morunas, las dicían sherviles, pero cuando salían a la caies, no. Entonces se ponían lo que dicían zapato inglés. Me acuerdo que mi abuela, cuando iba a salir, dicía: —Lea, tráeme el zapato inglés" [57]. Quizá antes de este calzado occidental, usaran las judeo-españolas de Marruecos algún chapín[58] adornado a veces con hebillas en el empeine: "Los zapa-

[56] Puede escucharse en el disco de vinilo *Ballats, Weddings y Piyyutim of the sephardic jews of Tetuan and Tanger (Morocco)*. Recopilado por Henrietta Yurchenko y editado en *Ethnic Folk Waisys Records*. Nueva York, 1983. FE-4208.

[57] Informes dictados por Lea Tapiero Vivas, de casada Benelvas, natural de Alcázarquivir. Fue entrevistada en Barcelona en el mes de febrero de 2004 por S. Weich-Shahak.

[58] En un romance titulado *Las bodas en París* (i), conservado sólo en la tradición oral judeo-española de Marruecos, leemos en una versión de Alcázarquivir: "[...] La bajada a la escalera / resbálasela'l charpí [...]" La informante, Fortuna Zagury, comentó al cantar estos versos: *Se la cayó el zapato, que ievaban antes esos charpís antiguos* (Cf. Weich-Shahak 1997: 133). La misma versión puede escucharse en Fraile Gil (1992. Disco 3. Corte 4). Aparece bajo el epígrafe *Un rapto consentido*. En una canto epitalámico de estructura paralelística procedente de Tetuán, leemos también: "[...] Esilde que no puedo ir / que se me arrastró / el chapí [...]" (Cf. Alvar 1979: 163, n.º 201).

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

tos buenos, que a veces se ponían con el traje de paño, eran brodequines con hebilla y tacón de carrete" [59].

Para no ir a cuerpo y reservarse a la vez del frío, llevaban sobre los hombros las sefardíes de Marruecos unos mantones o chales que fueron cambiando de género y hechura con el paso del tiempo. Al más antiguo llamaban *alquicer*, palabra de recio abolengo que resuena en castellano con sabor agareno de romance fronterizo:

> Después que el fuerte Gazul, volvió de Gelves con vida,
> de correr celosas cañas para su linda Celinda;
> en la plaza de Sanlúcar la misma tarde á la brida
> se presenta dando vueltas al puerto de su alegría.
> De morado y recamado un rojo alquicer traía,
> ....[60]

Pero tanto arreció esta moda entre los literatos en el Siglo de Oro, que en otro romance se puso en solfa el lugar común de la morería literaria; en él encontramos también como seña de esa identidad el alquicer que nos ocupa:

> Tanta Zaida y Adalifa, tanta Draguta y Daraja,
> tanto Azarque y tanto Adulce, tanto Gazul y Abenámar;
> tanto alquicer y marlota, tanto almaizar y almalafa,
> tantas empresas y plumas, tantas cifras y medallas;
> ....[61]

Aunque el *alquicer* fue para los árabes españoles una prenda de vestir usada por los hombres, Covarrubias —que como buen manchego alterna el uso final de l y r— dice al comentar el término *alquicel* en 1611: "Cubierta de banco, mesa o otra cosa, tejida sin costura a manera de manta; del verbo *queseye*, que significa cubrir o vestir. Esto dice Diego de Urrea [...]", y apostilla lo anteriormente dicho afirmando que: "[...] pero en todo

---

[59] Informes dictados por Simona Jalfón, nacida en Tetuán. Fueron grabados en Holon (Israel) el 25 de marzo de 1993 por J. M. Fraile Gil y S. Weich-Shahak. Sobre el uso de las hebillas en el calzado, que tanto se estilaron en el siglo XVIII, véase Fraile Gil (2002: 133-147). Llaman en Tetuán "traje de paño" al traje femenino de fiesta o "de berberisca".

[60] Cf. en *Flor de Varios y Nuevos Romances. I parte (1591)*. Incluido por Durán (1851, I: 21). El romance, que es anónimo, lleva por título *Gazul. - XVI.*

[61] (Cf. Durán 1851, I: 128). El romance, anónimo y publicado entre 1600 y 1604 (*¿Romancero General?)*, lleva por título *Contra la manía de adoptar nombres de moro por los poetas. Marlota*: f. Vestidura morisca, a modo de sayo baquero, ceñida al cuerpo; *Almaizar*: m. Toca de gasa usada por los moros; y *Almalafa*: f. Vestidura que usaban los moros y cubría el cuerpo desde los hombros hasta los pies.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

se debe dar crédito a Urrea, porque sabe la lengua arábiga de raíz" (Covarrubias 1995: 78). En la memoria de algunos ancianos oriundos de Tetuán queda aún la evocación de algo semejante unido a la palabra *alquicer*: "Lo recuerdo como algo muy antiguo, hecho de paño fuerte, fuerte, que se echaba sobre la cama y que era para abrigar" [62]. Pero en la mayoría de las juderías norteafricanas hablaban del *alquicer* como de "un mantón que no tenía franjas (flecos); esos eran los de Manila, los que tenían franjas. El alquicer era más antiguo y los tenían en las casas, de antes, porque luego fueron los indios los que empezaron a vender los mantones de Manila" [63]. Y en efecto, poco a poco y como sucedía en las ciudades españolas, las mujeres fueron dejando los antiguos pañuelos de talle con que cubrían su busto, para envolverse en la multicolor estampa chinesca de los mantones con largo fleco enrejado que venían de ultramar. Pero si las españolas posaron siempre con avidez sus ojos en los colores encendidos de estos mantones, las judías que nos ocupan se inclinaron sobre todo por los de fondo y bordado blanco, acaso por parecerles de más respeto y honestos: "Mi madre, que vestía con sayas y panuelo levado, tenía su mantón de Manila blanco y, cuando se ponían lo mejor para ir a los cumplimientos (pésames) tenía su mantón blanco, y se lo echaban ansina, por los hombros. ¿Qué es esto, mi bueno?, y levaban un panuelito blanco también en la mano, para no sudarlo" [64].

El tocado femenino de las que habían contraído matrimonio, se gobernaba de acuerdo con la vieja tradición semita que ordena a las mujeres casadas ocultar su cabello a la mirada de todo hombre que no sea su esposo[65]; mientras que las *al'azbas* (mozas) peinaban su espesa mata de

---

[62] Informes dictados por José Benaín Hachuel, nacido en Tetuán, de 91 años de edad. Fueron grabados en Madrid el día 23 de enero de 2004 por J. M. Fraile Gil y S. Weich-Shahak

[63] Informes dictados por Ester Cohen Nahón, de casada Aflalo, nacida en Tánger, de 85 años de edad. Recogidos en Madrid el día 9 de febrero de 2004 por J. M. Fraile Gil, D. Caloca Puente y S. Weich-Shahak.

[64] Informes dictados por Reina Benaín, de casada Ifgui, nacida en Tánger en 1916. Fue entrevistada en Madrid el día 17 de noviembre de 1995 por J. M. Fraile Gil y S. Weich-Shahak.

[65] La única referencia escrita sobre esta cuestión es la de Rav. Sheshet Šešet en su libro *Sefer Halajot Gadol* —coetáneo a la compilación del Talmud— donde dice "[...] el cabello de la mujer es lujuria [...] como el vello púbico" cuando comenta el controvertido versículo 18, del Cap. V, de los Números que dice: "Luego, el sacerdote, haciendo estar a la mujer ante Yavé, le descubrirá la cabeza y le pondrá en las manos la *minjá* de memoria, la *minjá* de los celos, teniendo él en la mano el agua amarga de la maldición". En el siglo XVIII se publicaron un conjunto de comentarios al Pentateuco con el nombre de *Me'am Lo'ez*. Están escritos en judeo-español para uso

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

pelo en una o dos largas trenzas que pendían por su espalda. No sé si como las cántabras, vascas o ibicencas de la vecina España, anudaban a sus extremos vistosos listones de seda, ni sé qué remedios tomaban de la naturaleza para prevenir la caída del cabello. En Alcázarquivir se apreció mucho el agua del cielo para lavar el cabello: "Cuando llovía se cogía, del agua que bajaba de la azotea, un baño grande; y esa agua era muy buena para lavarse el pelo. Si no, como en muchas casas había una cisterna, abajo en el sótano, donde se recogía toda el agua de la lluvia, y esa agua era la mejor" [66]. Ya muy de última hora, me contaba una tangerina que: "Mi mamá cuando nos peinaba nos daba un poquito de petróleo en el pelo con un paño. Eso era muy bueno para no coger bichos en la escuela —porque entonces había muchos- y para que el pelo se pusiera fuerte" [67].

Las mujeres que no rapaban su cabeza tras de la boda se cubrían el cabello con un pañuelo finísimo de color blanco al que llamaban *hayati*, que anudaban en la nuca. Bajo él ocultaban la más o menos recortada cabellera; para limpiarla —al igual que hacían las españolas de su tiempo— se la echaban hacia delante con un peine de espesas púas, que pasaban y repasaban mil veces por ella, para luego volverla a su ser dejando entre aquellas apretadas púas la suciedad. El cabello ya limpio se recogía a la postre en la nuca con pequeño *roete*. La función del *hayati* era doble: por un lado preservaba el cabello del polvo y la suciedad que quedaban en una tela, que por delgada podía lavarse cada noche, y por otro lado servía para prender en él los alfileres que sujetaban el *panuelo levado*, tocado de respeto que describiremos más adelante. Son muchas las referencias orales que he recogido acerca del religioso respeto que las casadas tenían para ocultar su cabello a las miradas ajenas, y por ello no eran pocas las que buscaban la oscuridad para el momento de su tocado. Y así nos habla de su abuela con extraordinario cariño una mujer tangerina: "Yo tenía ya unos quince años y un día me pidió —porque vestía con su pañuelo, sus faldas...—, y un día me dijo que fuera con ella al dormitorio

---

y comprensión en el ámbito familiar. Los referidos al Génesis fueron publicados en Constantinopla en 1730 y se deben a la pluma de Jacob ben Meir Kulli. Allí encontramos un comentario que nos interesa: "Las mužeres ke no amostren los kabelyos", acentuando la restricción a descubrir la cabellera.

[66] Informes dictados por Lea Tapiero Vivas, de casada Benelvas, natural de Alcázarquivir. Fue entrevistada en Barcelona en el mes de febrero de 2004 por S. Weich-Shahak.

[67] Informes dictados por Alegría Pimienta Toledano, nacida en Tánger en 1928, y recogidos por mí y por E. Parra García en aquella ciudad africana el 21 de Mayo de 1996.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

y que le bajara la persiana. Y entonces le digo: —Pero, mamá Rica, ¿para qué usted quiere que le baje la persiana? Y me dice: —¡Bájala! Y cuando se sacó el pañuelo me dice: —Yo, desde que me casí, nunca me destapí el cabello delante de mi amo" [68]. Y claro está que ni aún los familiares más allegados les era lícito contemplar aquella escena: "Las antiguas se ponían la mejerma (pañuelo) bien cerruyada, que no se las viera ni un pelo. Y para peinarse, ¡mi bueno!, mi madre se metía en un cuarto, para que los hijos no la vieran el pelo, de lo religiosas que eran. ¡Bueno, bueno, que los hijos vieran el pelo de la madre!" [69].

El cabello natural era sustituido tras de la boda por unas hebras de seda negra llamadas *crinches*, que sueltas o trenzadas sombreaban la frente y sienes de aquellas mujeres [70]. La palabra es pariente de los términos castellanos crin y crencha, y en el viaje ya mencionado de Andersen a Tánger (1862) encuentro la primera referencia a su uso entre las sefardíes de Marruecos: "[...] El cabello, a tono con la costumbre judía, había sido rapado. Largas trenzas postizas colgaban del tocado azul, que iba sujeto a la cabeza con un turbante, y en el centro de éste, sobre la frente, destelleaba una hermosísima joya" (Andersen 1991: 79). Cuando en 1880 Ovilo publicó su estudio sobre las sefardíes de Marruecos, aquilata aún más su información pues comenta que: "Las casadas no pueden llevar descubiertos los cabellos, y se los ocultan con las crinches, postizos de pelo o de hilos finos de seda negra, que las caen sobre las sienes imitando un peinado que estuvo muy en moda en España a mediados de este siglo y que se conocía con el nombre de cocas" (Ovilo 1881: 208 y 209). En efecto, hacia 1855 se retrataba la oronda Isabel II con unas cocas que le ocultaban las orejas y que claveteaba con horquillas de preciosa cabe-

[68] Informes dictados por Nelly Cohen Toledano, de casada Cohen, de unos 65 años de edad, nacida en Tánger. Fueron grabados en Buenos Aires (Argentina) por S. Weich-Shahak en el año 2003.

[69] Informes dictados por Raquel Muyal, de casada Levy, nacida en Tánger en 1930. Fue entrevistada en Holon (Israel) el día 11 de diciembre de 1996 por J. M. Fraile Gil y S. Weich-Shahak.

[70] Merced a la gentileza de los hermanos Pimienta Toledano, nacidos en Tánger y de raigambre bien sefardí, como declaran sus apellidos, pude apreciar un ejemplar de estas crinches. Se trata de dos trenzas hechas en una finísima seda negra, casi azulada, unidas ambas en su extremo superior a una almohadillita forrada en tela de color verde botella. Cada trenza tiene una longitud de 45 centímetros y una anchura de 4. Tres dedos por encima de su extremo inferior llevan una cintita de seda muy fina, que debió ser blanca o rosada, y que las aprieta para evitar que se deshagan. Según me informan sus propietarios, el adorno podía colocarse en la nuca, bajo la *mejerma* (pañuelo), o bien en las sienes, con lo cual haría falta otro par de trenzas para situar dos en cada lado de la cara.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

za. Ese peinado daba a las mujeres una apariencia cercana a las charras salmantinas y nos trae a la memoria, al contemplarlo, la imagen de la Dama encontrada en Elche, cuyo rostro flanquean dos ruedas de pelo trabado. Aún en la memoria de algunas tangerinas quedaba la palabra cuando me comentaban: "Mi hermana y yo teníamos un pelo fuerte y mi madre nos hacía dos trenzas que a veces dejaba sueltas y a veces nos las recogían en dos cocas, así, a los lados de la cara" [71]. El uso de este cabello artificial es hoy un aditamento más del traje de ceremonia o de berberisca, pero sabemos por referencias orales —que confirman lo visto por Andersen en Tánger— que fue antaño otro elemento del adorno femenino. La memoria prodigiosa de José Benaín conserva un dato que nos ilustra al respecto: "Mi bisabuela, que se llamaba Estrella Elaluf, cuando se arreglaba se ponía debajo de la mejerma (pañuelo) un pelo negro que no era suyo y que llamaban crinches; y eso era para estar curiosa, arreglada" [72].

Sobre el *hayati* se ponían las sefardíes de Marruecos una *mejerma* o pañuelo de vistosos colores, que muchas veces se adornaba con *franjas* (flecos) en su derredor. Doblada en pico, se colocaba exactamente igual que durante generaciones lo han hecho las aldeanas españolas y muchas musulmanas, que aún lo presumen así dentro y fuera del Magreb. Para ello se sitúa la hipotenusa de aquel triángulo, paralela al filo de las cejas y, cruzando por la nuca los dos picos enfrentados, se amarran sobre la frente. La gracia del tocado consiste en anudar una o dos veces las esquinas del pañuelo, de forma que los flecos sirvan de marco a la cara, y en abrir con donaire la tela que cae por la nuca. Este era el tocado de diario, el de andar por casa y el de las jovencitas cuando acudían a alguna ceremonia y no querían hacerlo en cabellos: "Las mujeres como mi abuela llevaban para estar en casa el pañuelo atado arriba. Eran pañuelos de colorines, morunos, con franjas, iguales que los que llevaban las moras. Pero para salir a la caie se lo ponían de otra manera y eran más oscuros y de un color sólo; aunque tuvieran dibujos, eran del mismo color y no tenían franjas" [73].

---

[71] Informes dictados por Alegría Pimienta Toledano, nacida en Tánger en 1928, y grabados en esa ciudad por J. M. Fraile Gil y E. Parra García en 1996.

[72] Informes dictados por José Benaín Hachuel, nacido en Tetuán, de 91 años de edad. Fueron grabados en Madrid el día 23 de enero de 2004 por J. M. Fraile Gil y S. Weich-Shahak.

[73] Informes dictados por Lea Tapiero Vivas, de casada Benelvas, natural de Alcázarquivir. Fue entrevistada en Barcelona en el mes de Febrero de 2004 por S. Weich-Shahak.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

Y es que las mujeres maduras y de respeto, especialmente las *hevrías* (esposas de los cargos designados para el gobierno de la comunidad hebrea), usaban del *panuelo levado* para acudir a los *cumplimientos* (visitas de pésame) y a las ceremonias de la *kehilá* (comunidad judía). Este debió ser el tocado que tanto llamó la atención al protagonista de *Aita Tettauen*, cuya acción se desarrolla en Tetuán: "Vestían faldas azules, calzaban babuchas rojas, y en la cabeza llevaban pañuelo de colorines liado con un arte nuevo a los ojos de Santiuse" (Pérez Galdós 1945).

Consistía aquel adorno en colocar el lado mayor del pañuelo —que se había doblado antes en pico— paralelo a la línea horizontal que trazan las cejas, justo en el nacimiento del cabello, y con el borde plegado hacia fuera, como el dobladillo interno de cualquier prenda. Se va luego llevando aquella hipotenusa por las sienes, pasando por detrás de las orejas, hasta juntar ambas esquinas en la nuca, para dejar allí los tres picos juntos en caída libre. Los pañuelos elegidos para este tocado solían ser de seda, lisos, sin flecos y de colores serios, generalmente azul fuerte, rojo corinto, pardo o negro. Colocarse el *panuelo levado* sobre el *hayati* era labor delicada. Se hacía prendiendo unos *alfiletes* (alfileres), que debían quedar ocultos a la vista al terminar el tocado.

Respecto a la joyería que usaron las mujeres que nos ocupan, reservaré su análisis para un estudio que estoy elaborando sobre el traje de fiesta llamado hoy *de berberisca*, ya que fueron pocas las alhajas que a diario presumieron las sefardíes para realizar las tareas domésticas. De esta sobriedad se desquitaron ampliamente en las ceremonias de la boda, cuando ponían una sortija en cada dedo, muchos hilos de *alĵófar* al cuello, ajorcas de oro o *roios* en los brazos, pesadas *aljorzas* de oro y pedrería en las orejas, e incluso *jarjales* o argollas en los tobillos.

Novia de la cara blanca, blancos seia tu mazal,
vente conmigo a mi lado te daré roio y jarjal[74].

No deberíamos terminar este repaso a la ropa de diario que usaron los sefardíes de Marruecos sin mencionar el *hatío* (canastilla del recién nacido), que según las *adas* (costumbres) de cada familia, se empezaba a confeccionar cuando el embarazo era ya visible, o incluso cuando la criatura había visto ya la luz. Pero era norma común que el primer pañal lo cortara siempre la abuela paterna, alguna mujer de respeto o una bienaventurada que no hubiese conocido tragedia familiar alguna. Con tal

[74] Cantó y se acompañó con la *sonaja* (pandereta) Raquel Garzón Serfati, de casada Israel, de 71 años de edad. Nacida en Tetuán, fue grabada en Madrid el día 23 de enero de 2004 por J. M. Fraile Gil y S. Weich-Shahak.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

motivo se hacía un pequeño convite y la tijera empezaba a cercenar la tela entre sonoros y apotropaicos *bargualá* (grito gutural y prolongado que lanzan las mujeres en ceremonias y regocijos) [75]. El reverso de aquella moneda que fue la vida de estos judíos, lo encontraríamos en el atuendo funerario con que hombres y mujeres dormían el sueño eterno en tierra norteafricana. Poco dados a hablar del tema —"fera de muestras caras", dicen muchos al mencionar la cuestión—, el asunto estaba bien reglamentado en las *kehilot* (comunidades); pues la *hevrá* organizaba el lavado ritual de los cadáveres y disponía también de las mortajas, que según me informan: "Era una sábana gruesa, debía ser lino, creo que debe ser de lino" [76].

Pero volvamos a las *ĵohas* y *giraldetas* que nos han ocupado en las páginas precedentes. Como acaecía en buena parte del mundo conocido por entonces, y, entre comillas, civilizado, se guardó toda aquella ropa de forma horizontal en cofres, baúles y arcas, hasta que la adopción del traje moderno europeo trajo consigo para ese menester la línea vertical de armarios y roperos.

Cuando la ropa de lana no ocultaba en su interior fibras sintéticas era un bocado exquisito para la temida polilla, terror de nuestras abuelas. Son pocos los testimonios que he podido recoger al respecto, pues la mayor parte de quienes me informaron, vivieron ya *a la europea* los años que permanecieron en las juderías norteafricanas. Así y todo, algo he podido espigar en este desierto: "Para conservar la ropa de la tuña (polilla) en los baúles, que todavía no había roperos entonces, que todo estaba en los baúles, con la ropa así (horizontal), y ponían muchos granos de pimienta y clavo de comer, mucho de eso. De eso encontrí yo mucho cuando faltó mi tía y abrimos los baúles" [77]. Buena parte de mis informantes mencionaban ya el alcanfor como lo más usado contra esta plaga, pero insistían casi todos en que había que mantener fuera de su influen-

---

[75] Sobre el hatío en ambas ramas de la tradición judeo-española véase Fraile (2004).

[76] Respecto al atavío que los judíos españoles llevaban a su última morada en los años inmediatamente anteriores a la Expulsión, disponemos de un dato precioso en el testimonio que, contra una cristiana nueva, quedó en los archivos de la Inquisición. A esta tal Elvira González —abulense, fallecida hacia 1460— se le acusó de comer los sábados "adefinas" preparadas por judías, de haberse hecho asistir por dos mujeres hebreas en su última enfermedad, y que al tiempo de morir —y esto es lo que más nos interesa— se la amortajó "al modo judaico, con zaragüelles y una capa larga con capucha, que ella misma tenía guardada en un arcón, y en la caja le pusieron una almohada de tierra virgen debajo de la cabeza". (Cf. Gitlitz 2003: 507).

[77] Informes dictados por Sonia Cohen Toledano, de casada Azaguri, nacida en Tánger hacia 1940. Fue entrevistada en Madrid el día 26 de abril de 2004 por J. M. Fraile Gil.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

FIGURA 8.—*Tetuán hacia 1958.* Con motivo de un regocijo familiar posaron vestidos a la europea los miembros de una familia sefardí de Tetuán; de entre todos ellos, sólo el viejo Shimón Akrish sigue vistiendo la ropa de sus mayores, como un testigo del pasado en un Marruecos ya independiente. Gentileza de Alicia Bendayán.

cia la ropa interior del hombre, pues afectaba seriamente al vigor sexual de los varones.

Ya no quedan sefardíes en las viejas juderías de Marruecos. Sólo un puñado de ellos —completamente europeos en su forma de vivir y de pensar— sigue viajando con cierta frecuencia a Tánger o Casablanca, donde negocios y propiedades reclaman aún su atención. Los judeoespañoles castizos, que fueron plateros, sastres o zapateros, viven hoy en Israel, Canadá o Venezuela; hasta allí han llevado con ellos sus cantares de boda, sus exquisitas recetas culinarias y los ricos trajes de berberisca que, más o menos desfigurados, se han integrado en el complejo ceremonial de las bodas. Pero al marchar se dejaron en los cuartos del *foki* (piso alto) las viejas prendas de vestir que el paso de la moda había condenado al abandono, y que —hasta la llegada de esta nueva diáspora— permanecieron quietos y *mejeados* (escondidos) en aquellos sepulcros. Es el mismo fenómeno que acontece en España cuando —al derribar las casas antañonas— se abandona bajo los escombros el atuendo humilde, que por respeto no se había quemado o deshecho al morir los abuelos, y que al

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

vivir sobrados de espacio, se había depositado en algún lugar bajo el tejado. En las cámaras de Castilla y en los caramanchones de las juderías durmieron durante generaciones los atavíos majos que, al dejar el *melah*, o al echar la casa abajo para construir con ladrillo, se desligaron para siempre del calor de la familia. Son muy pocas las prendas que he podido tocar y sentir, de ahí que este pequeño estudio se cimente sobre todo en los recuerdos que han compartido conmigo los informantes de quienes he recogido el saber acumulado de boca a oreja durante siglos de una hispanidad sin patria.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ACEVEDO Y HUELVES, BERNARDO. 1883. *Los vaqueiros de alzada en Asturias*. Oviedo: Imprenta del Hospicio Provincial.

ALARCÓN, PEDRO DE. 1917. *Diario de un testigo de la Guerra de África*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra. 7.ª edición.

ALVAR, MANUEL. 1979. *Poesía Tradicional de los Judíos Españoles*. México: Porrúa. 3ª ed.

ANDERSEN, HANS CHRISTIAN. 1991. *Viaje por España*. Madrid: Ed. Compañía Europea de Comunicación e Información. Vol. II. Cap. *Una visita a África*.

ARGÜELLES, LUIS. 1986. *Indumentaria popular en Asturias*. Gijón: G.H. Editores S.A.

ARMISTEAD, SAMUEL G. 1978. *El Romancero judeo-español en el Archivo Menéndez-Pidal. (Catálogo-índice de romances y canciones)*. Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez-Pidal. 3 Vols.

BARAGAÑO, RAMÓN. 1977. *Los Vaqueiros de Alzada*. Salinas: Ayalga.

BARRIONUEVO, JERÓNIMO DE. 1996. *Avisos del Madrid de los Austrias y otras noticias*. Madrid: Ed. Castalia-Comunidad de Madrid. Edición a cargo de José M.ª Díez Borque.

BENDAYÁN DE BENDELAC, ALEGRÍA. 1995. *Diccionario del Judeo-Español de los Sefardíes del Norte de Marruecos. Jaquetía tradicional y moderna*. Caracas: Ed. Centro de Estudios sefardíes de Caracas.

BENOLIEL, JOSÉ. 1977. *Dialecto Judeo-Hispano-Marroquí o Hakitía*. Madrid: Ed. Copistería Varona de Salamanca.

BENTES, ABRAHAM R. 1981. *Os sefardim e a Jakitía*. Belém.

BERNIS, CARMEN. 1979. *Trajes y modas de la España de los Reyes Católicos*. Madrid: CSIC. 2 vols.

— 2001. *El traje y los tipos sociales en El Quijote*. Madrid: Ediciones El Viso.

BORRÁS, TOMÁS. 1972. *La pared de la tela de araña*. Barcelona: Círculo de Lectores. Primera edición del autor en 1924.

BORROW, GEORGE. 1970. *La Biblia en España o Viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península*. Introducción, notas y traducción por Manuel Azaña. Madrid: Alianza Editorial.

BRAVO VILLASANTE, CARMEN. 1976. *Galdós visto por sí mismo*. Madrid: Magisterio Español.

CASADO LOBATO, CONCHA. 1991. *La indumentaria tradicional en las comarcas leonesas*. León: Diputación de León.

CATALÁN MENÉNDEZ-PIDAL, DIEGO. 1970. *Por campos del Romancero. Estudios sobre la tradición oral moderna*. Madrid: Gredos.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

CID, JESÚS-ANTONIO. 1977: "Calderón y el romance de *El bonetero de la trapería*", en *Hispanic Review* 45, n.º 4.

COHEN NAHÓN DE AFLALO, ESTHER. 2000. *"Lo que yo sé" (Manual de Haketía).* Madrid: Edición de la autora.

COTERA, GUSTAVO. 1999: *El traje en Cantabria.* Santander: *Diario Montañés* - Consejería de Cultura del Gobierno de Cantabria.

—. 1999. *La indumentaria Tradicional en Aliste (Zamora).* Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo"-Caja España.

COVARRUBIAS Y OROZCO, SEBASTIÁN [1611] 1995. *Tesoro de la Lengua Castellana o Española.* Madrid: Castalia. 2ª ed.

DURÁN, AGUSTÍN. 1851. *Romancero General o Colección de Romances Castellanos anteriores al siglo XVIII.* Madrid: Ribadeneira. 2 vols. Col. *Biblioteca de Autores Españoles*, 10 y 16. Reedición facsímil en Madrid: Atlas, 1945.

ESPINA, CONCHA. 1914. *La esfinge maragata.* Madrid: Renacimiento-Compañía Iberoamericana de Publicaciones.

ESSOUNANI, DRISS. 2000. *De Madrid a Tetuán. Una tendencia narrativa antibélica sobre Marruecos (1905-1980).* Madrid: Comunidad de Madrid-Consejería de Cultura. Col. Biblioteca Básica Madrileña, n.º 16.

FRAILE GIL, JOSÉ M. 1985. *Canciones y romances de Arroyo de la Luz (Cáceres).* Madrid: SAGA. VPD-1089/90.

—. 1992. *Primera Antología Sonora del Romancero Panhispánico.* Salamanca: Centro de Cultura Tradicional de la Diputación de Salamanca-SAGA. KPD-(5)10.9004.

—. 2000. *Amas de cría.* Madrid: Centro de Documentación Etnográfica Joaquín Díaz.

—. 2002. *Disquisiciones galanas.* Salamanca: Centro de Cultura Tradicional de la Diputación de Salamanca.

—. 2004. "La canastilla del Niño. Un villancico enumerativo". *Revista de Folklore* 279. XXIV. 1: 75-80.

GARCÍA REDONDO, FRANCISCA. 1985. *Cancionero arroyano.* Cáceres: Institución Cultural "El Brocense" Diputación Provincial de Cáceres.

GITLITZ, D. M. 2003. *Secreto y engaño. La religión de los criptojudíos.* Salamanca: Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León.

HERRÁEZ LOZANO, FLORENCIA. 2000. *Orden y modo de vestir el traje de Lagartera.* Toledo: Diputación de Toledo.

HOLSBEKE, MIREILLE y JULIA MONTOYA. 2003. *With their hands and their eyes. Maya Textiles mirrors of a worldview.* Amberes: Ethnograficsch Museum and Tantwerten.

HUMBOLDT, WILHELM VON. 1988. *Diario de Viaje a España (1799-1800).* Madrid: Cátedra. Madrid. Traducción y notas de Miguel Á. Vega.

IMBABURA, SEGUNDO O. 1988. *Tradiciones de Ecuador.* Quito: Abya-Yala. 3.ª ed.

INFANZÓN, ABEL. 1882. "Asturias. Los vaqueros nacionales". *El comercio.* Gijón. 27 de marzo.

LÉVY, SOLLY. 1992. *Yahasrá. Escenas haquetiescas.* Montreal: Edición del autor.

NAHÓN, ZARITA. 1977. *Romances judeo-españoles de Tánger.* Edición crítica y anotada por Samuel G. Armistead y Joseph H Silverman. Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal.

NAVAGIERO, ANDRÉS. 1983. *Viaje por España (1524-1526).* Madrid: Turner. Traducción y notas de Antonio María Fabio.

ORTEGA, M. L. 1929. *Los hebreos en Marruecos.* Madrid: Compañía ibero-americana de publicaciones. 3ª ed. Incluye un prólogo a cargo de Pedro Sáinz Rodriguez.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

OVILO Y CANALES, FELIPE. 1881. *La mujer marroquí. Estudio social.* Madrid: Imp. de Manuel G. Hernández. 2.ª Ed.

PELLICER, JOSÉ DE. 1965. *Avisos Históricos (1639-1644).* Madrid: Taurus. Edición a cargo de Enrique Tierno Galván

PÉREZ GALDÓS, BENITO. 1941. *La Batalla de Arapiles. Episodios Nacionales. Obras Completas.* Madrid: Aguilar.

—. 1945. *Aita Tettauen. Episodios Nacionales. Obras completas.* Madrid: Aguilar.

POTOUS MARTÍNEZ, Juan: "Recuerdos de antaño. La vida en Mogador hace cuarenta años", en la revista *Mauritania*, n.º 147. (1 de Febrero de 1940, p. 72) y n.º 149 (1 de abril de 1940, p. 130).

PULIDO FERNÁNDEZ, ÁNGEL. 1993. *Españoles sin patria y la raza sefardí.* Granada: Universidad de Granada. Edición facsímil, con estudio preliminar de María Antonia del Bravo.

QUIROZ, EÇA DE. 1973. *El crimen del padre Amaro (1874). Obras inmortales.* Madrid: Edaf. Traducción de Ramón M.ª del Valle Inclán.

SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO C. 1957. *La novela española en el siglo XX.* Madrid: Pegaso.

VEGA, LUIS A. DE. 1944. *Amor entró en la judería.* Madrid: Espasa-Calpe.

VELA, VICENTE. 1903. *Viajes y recuerdos.* Madrid: Biblioteca de El Sol. *Tánger pintoresca.*

WEICH-SHAHAK, SUSANA. 1989. *Cantares Judeo Españoles de Marruecos para el Ciclo de la Vida.* Jerusalén: Centro de Estudios Musicales Judíos de la Univ. Hebrea de Jerusalén.

—. 1995. "Los romances de Alicia Bendayán. Muestra del tesoro sefardí de Tetuán". *Revista de Folklore* 179. XV. 2: 147-165.

—. 1997. *Romancero Sefardí de Marruecos.* Madrid: Alpuerto.

—. 2001. *Repertorio Tradicional Infantil Sefardí.* Madrid: Compañía literaria-Centro Etnográfico Joaquín Díaz (Urueña-Valladolid).

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://rdtp.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)